

MEDITACIONES PARA LA PUESTA DEL SOL
2026

¡Viviendo para la
Gloria de Dios!

MEDITACIONES PARA LA PUESTA DEL SOL
2026

¡Viviendo para la
Gloria de Dios!

Autor
Josanan Alves

Ministerio de Mayordomía Cristiana de la
División Sudamericana

Es propiedad. © 2025, Ministerio de Mayordomía Cristiana de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del séptimo día.

¡Viviendo Para la Gloria de Dios!
Josanan Alves

Título original: Vivendo para a glória de Deus!

Coordinación General: Josanan Alves

Traducción: Rejane Godinho

Editor de Arte: Thiago Lobo

Proyecto Gráfico: Fernando de Lima

Tapa: *Thiago Lobo* | Imagem generativa

Imagen de la Tapa: *Adobe Stock*

Los textos bíblicos citados en este material están tomados de la Nueva Versión Internacional, a menos que se especifique lo contrario.

mi pacto solemne

☐ SEPARAR los primeros momentos de cada día para estar en comunión con el Señor mediante la oración, estudio de la Biblia, del Espíritu de Profecía y de la lección de Escuela Sabática. 

☐ ELEGIR dos momentos al día para la oración, el culto personal y/o culto familiar. 
• Mañana: _____ hr. • Noche: _____ hr.

☐ CREAR un hábito saludable para servir de mejor manera al Señor a través de mi cuerpo y mente. 
• Mi nuevo hábito: _____

☐ USAR mis dones para compartir las buenas nuevas de salvación con otras personas. 

☐ GUARDAR el sábado, preparándome debidamente el viernes, respetando sus límites y manteniendo pensamientos y actividades apropiados. 

☐ DEVOLVER fielmente 10% de todos mis ingresos como diezmo al Señor. 

☐ DEDICAR un porcentaje regular de mis ingresos (_____ %) como una ofrenda al Señor. 

Nombre: _____

Fecha: _____

TODO POR
AMOR
A ÉL



PRESENTACIÓN

*“En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa,
háganlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).*

La vida cristiana no se resume solo a los momentos de culto o actividades concretas dentro de la iglesia. La verdadera esencia de vivir para la gloria de Dios está presente en cada detalle de nuestra vida diaria: en el trabajo, en nuestras relaciones, en nuestras elecciones e incluso en nuestras pequeñas acciones. El apóstol Pablo nos recuerda que todo lo que hacemos debe ser para honrar a Dios, tanto en las tareas grandes como en las pequeñas. Este versículo nos desafía a reflexionar sobre cómo nuestras actitudes pueden reflejar la bondad, la santidad y el amor de Dios en un mundo que a menudo se olvida de él.

En medio del ajetreo y el bullicio de la vida moderna, donde el tiempo parece escapárse nos de las manos y las preocupaciones nos consumen, el sábado surge cada semana como un oasis de paz. Incluso en medio de una semana llena de tareas y compromisos, el culto a la puesta del sol debe ser un momento especial de paz y unidad en el hogar. Las Meditaciones para la puesta del sol ofrecen una reflexión semanal, que nos lleva a contemplar la preciosidad del tiempo, la importancia de cultivar la satisfacción, el valor de la gratitud y la necesidad de reconocer la soberanía de Dios en todos los ámbitos de nuestra vida. Es esencial que las canciones y el estudio de la Biblia durante el culto de puesta del sol queden grabados en la memoria de la familia. Estos momentos no son solo recuerdos, sino fundamentos esenciales de la fe que debemos cultivar y transmitir a nuestra familia.

Cada meditación es una invitación a ir más despacio y abrir el corazón a la voz de Dios. En medio de la belleza de la puesta del sol, somos invitados a reflexionar sobre nuestras elecciones, a reevaluar nuestras prioridades y a renovar nuestro compromiso con el Creador. Cada semana, somos desafiados a preguntarnos: ¿Estoy viviendo para la gloria de Dios en todos los sentidos? ¿Reflejan mis elecciones diarias un compromiso auténtico con su reino? Que, mediante nuestras acciones y actitudes, seamos instrumentos de su paz y amor, demostrando su gloria en todo momento.

¡Que Dios te conceda un año nuevo lleno de bendiciones, y que tengas un feliz sábado cada semana!

Escanea el código QR y accede a
diversos recursos relacionados
con las meditaciones para la
puesta de sol.



Josanan Alves
Mayordomía Cristiana
División Sudamericana

EL TRONO QUE IMPORTA

*“Al instante vino sobre mí el Espíritu y vi un trono en el cielo,
y a alguien sentado en el trono” (Apocalipsis 4:2).*

Vivimos en un mundo en el que los tronos terrenales ocupan un lugar central. Las decisiones presidenciales, los decretos reales, las elecciones y la inestabilidad política moldean las noticias y nuestros pensamientos. En medio de esto, muchos viven en constante tensión, buscando seguridad en quién ocupa puestos de autoridad.

Juan, exiliado y aislado en Patmos, se ve sorprendido por una visión gloriosa: ve un trono en el cielo; y más importante que el trono, ve a alguien sentado en él. Esta imagen lo cambia todo. El Universo no está a la deriva. El trono más importante de todos no está vacío. Dios reina. Su soberanía está activa, presente, viva.

En la época de Juan, los cristianos estaban bajo la amenaza constante de emperadores tiranos. ¿Quién se sentaría en el trono de Roma? ¿Sería alguien más cruel que Nerón o Domiciano? Para aquellos primeros lectores, oír que había un trono eterno y un Rey justo sentado en él les trajo alivio, una esperanza y la fuerza para perseverar.

Hoy, nuestra realidad no es tan distinta. Seguimos preocupándonos por quién gobierna nuestro país, por las leyes que afectan nuestra fe y por las decisiones que impactan nuestra vida. Pero el trono celestial nos recuerda que hay un Rey sobre todos los reyes. Su trono es eterno, justo y lleno de misericordia. La visión de Juan sigue siendo un mensaje de consuelo: Dios tiene el control. Esto debería darnos paz y seguridad cada día.

Pero además del trono celestial, hay otro trono que merece atención: el de nuestro corazón. ¿Quién está sentado en él? ¿Nuestros propios deseos? ¿El miedo? Dios no entra por la fuerza. El trono de nuestro corazón solo puede ser suyo si se lo entregamos voluntariamente. La verdadera seguridad no reside en los gobiernos terrenales, sino en permitir que Jesús reine sobre nuestra vida. “Tal es el poder con que Dios puede obrar cuando los hombres se entregan al control de su Espíritu” (*Testimonios para la Iglesia*, t. 8, p. 27).

Que todos digamos al comienzo de este nuevo año: Permito que Cristo gobierne mi mente, mis emociones y mis pasos. Y estoy seguro de que cuando él sea lo primero, todo lo demás encontrará su lugar.

EL SECRETO DEL VERDADERO CONTENTAMIENTO

*“He aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre”
(Filipenses 4:11).*

Vivimos en una época en la que el contentamiento parece estar cada vez más distante. La sociedad nos entrena para creer que la verdadera felicidad reside en lo que tenemos, en nuestros logros o en lo mucho que hemos acumulado. Pero la experiencia de muchos demuestra que, aun después de conseguir todo esto, el descontento sigue persistiendo. Entonces, ¿qué es el verdadero contentamiento? ¿Y cómo podemos alcanzarlo?

El apóstol Pablo nos da una respuesta clara y desafiante: “He aprendido a vivir contento en toda situación”. Él nos muestra que el contentamiento no es algo que ocurra por casualidad: se aprende, se cultiva. No dependía de las circunstancias que le rodeaban, sino de algo (o más bien de alguien) que habitaba en su interior.

Para recorrer este camino, necesitamos identificar algunos obstáculos comunes: el olvido de nuestro propósito en Dios, el miedo a retroceder social o económicamente y la falsa seguridad que ofrece la abundancia. Todos estos factores nos alejan del centro de la verdadera satisfacción. Distorsionan nuestros valores, alimentan la comparación constante con los demás y debilitan nuestra confianza en las promesas divinas.

En contraste, la Biblia presenta principios que nos ayudan a aprender el contentamiento: vivir de forma santa y moderada (2 Ped. 3:11), desarrollar un corazón agradecido (Luc. 3:14), practicar la generosidad (1 Tim. 6:18, 19) y confiar en las promesas de Dios (Heb. 13:5).

Preguntaron a una niña llamada Christina, que solo tenía nueve años y se enfrentaba a un cáncer raro, qué quería para su cumpleaños. Christina respondió: “Tengo dos álbumes de figuritas y una muñeca. ¡Lo tengo todo!” Comprendió algo que muchos adultos siguen buscando: el verdadero contentamiento no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos en Cristo. Como observó Elena de White, “El que confía en Jesús como su eficiencia y justificación, su ser entero estará lleno de un santo contentamiento” (*Recibiréis Poder*, p. 85).

Ahora reflexiona: ¿Estás realmente contento? ¿En qué se basa tu satisfacción? ¿Y cuánto crees que durará?

UN CORAZÓN QUE RECONOCE LA GRACIA

“Por esto te digo: si ella ha amado mucho, es que sus muchos pecados le han sido perdonados. Pero a quien poco se le perdona, poco ama” (Lucas 7:47).

Imagina el escenario: una comida especial en honor a Jesús en casa de un fariseo llamado Simón. Esta invitación tenía un profundo significado, porque comer con alguien, en la época de Cristo, era un gesto de aprobación. La mayoría de los fariseos rechazaba a Jesús, pero Simón tenía motivos especiales para recibirlo. Había sido curado de una terrible enfermedad, la lepra, y ahora quería expresar alguna forma de gratitud.

Sin embargo, la escena que se hizo inolvidable aquella noche no fue el gesto del anfitrión, sino el acto de una persona inesperada. María Magdalena, conocida por su pasado pecaminoso, entró en silencio y con lágrimas en los ojos ungió los pies de Jesús con un perfume muy caro. El valor del perfume, equivalente al salario de casi un año, indicaba que no solo ofrecía algo valioso, sino lo mejor que tenía.

Mientras María mostraba una devoción profunda y personal, Simón la miraba con desprecio. En su corazón, se preguntaba si Jesús era realmente un profeta, porque había permitido que una “pecadora” lo tocara. Se olvidó de que él mismo, antes considerado impuro por la sociedad, había experimentado el toque restaurador de Cristo.

Jesús, conociendo los pensamientos de Simón, le contó una parábola sobre dos deudores. La lección era clara: tanto Simón como María tenían una deuda impagable, y ambos necesitaban la misma gracia. La diferencia estaba en la respuesta.

¿Con qué frecuencia olvidamos, como Simón, de dónde nos ha sacado Dios? La gracia puede convertirse en algo tan cotidiano para nosotros que nuestras demostraciones de amor y gratitud a Dios se vuelven rutinarias, automáticas y frías. Es fácil devolver el diezmo o hacer una ofrenda por mera obligación, sin que se involucre el corazón. Pero Dios espera de nosotros una respuesta personal, apasionada y generosa, como la de María. “El deseo que María tenía de prestar este servicio a su Señor era de más valor para Cristo que todo el ungüento precioso del mundo, porque expresaba el aprecio de ella por el Redentor del mundo” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 517).

Ahora reflexiona: ¿Has honrado a Dios con la misma pasión y gratitud que brotan de un corazón verdaderamente tocado por su gracia?

RECONOCIENDO LO QUE YA TENEMOS

“Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso” (1 Timoteo 6:8).

Vivimos rodeados de mensajes que nos invitan a querer siempre más: más dinero, más estatus, más belleza, más posesiones. El ideal de felicidad siempre parece un logro lejano, una meta para alcanzar mañana. Esta búsqueda insiste en que nunca somos “suficientemente buenos” o “suficientemente ricos”.

Sin embargo, esta mentalidad produce inquietud y vacía nuestro corazón de lo que realmente importa.

La cultura en que estamos inmersos dicta normas de éxito y belleza a través de las redes sociales, los medios de comunicación y las comparaciones constantes. Se nos induce a admirar los logros de los demás y a sentir que necesitamos algo más para, finalmente, sentirnos completos. En la desenfrenada carrera por “más”, nos olvidamos de valorar lo que ya es nuestro: las bendiciones de la vida cotidiana, la provisión concreta de Dios y el privilegio de vivir con salud, libertad y fe. La búsqueda de riqueza material no puede llenar los espacios de insatisfacción creados por la ausencia de satisfacción. Los estudios demuestran que cuanto más poseemos, más se eleva nuestro nivel de deseo. La idea de “rico” siempre está lejos, sin importar lo mucho que hayamos conseguido.

Muchos, incluso perteneciendo al grupo más favorecido del planeta, no se dan cuenta de cuán bendecidos ya son. El contentamiento abre las puertas a la generosidad: quien está agradecido y se da cuenta de su verdadera riqueza está más dispuesto a compartir y servir a los demás.

La gratitud transforma lo ordinario en extraordinario. Cuando abrimos los ojos a los pequeños regalos, experimentamos paz, propósito y alegría, independientemente de las circunstancias externas. Somos llamados a experimentar la verdadera riqueza: la que se encuentra en Cristo, cuyo amor y provisión superan toda ansiedad material. “La verdadera felicidad se encuentra, no en dar rienda suelta al orgullo y al lujo, sino en la comunión con Dios” (*Historia de los Patriarcas y Profetas*, p. 29).

Ahora reflexiona: ¿Has reconocido las bendiciones diarias y experimentado la verdadera satisfacción? ¿Qué te parece buscar riquezas en los tesoros eternos, construyendo una vida de gratitud, generosidad y paz?

A DIOS TODA HONRA

“Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11)

Dios es digno de todo honor, gloria y alabanza. Como Creador soberano, no necesita la adoración de sus criaturas para existir o mantener su trono. Pero nosotros sí necesitamos adorarlo. Cuando reconocemos su majestad, somos fortalecidos, sostenidos y renovados en nuestro camino. La adoración no es una exigencia de un Dios tirano, sino una necesidad del alma humana que anhela sentido, seguridad y paz.

En una visión profética, el apóstol Juan vio el trono de Dios. Ante él, seres celestiales y ancianos se postraban y alababan, proclamando su santidad y su poder creador. Era una escena de reverencia voluntaria, amor y reconocimiento de la grandeza divina. El trono de Dios se basa en la justicia, la misericordia y la verdad.

Adán y Eva, en el Edén, alababan a Dios con naturalidad. El canto de los pájaros, las flores, los frutos y la belleza de la creación inspiraban gratitud. Todo lo que les rodeaba reflejaba el carácter del Creador. Hoy todavía podemos ver estas señales: el amanecer, la lluvia que riega, la comida en la mesa, la paz en el corazón. La naturaleza y la revelación muestran a un Dios que nos ama con amor eterno. “Nuestra mente debiera elevarse en gratitud y adoración al Dador de toda dádiva y todo don perfecto” (*A Fin de Conocerle*, p. 147).

Adorar es reconocer que todo lo que tenemos y somos le pertenece a él. Es darle gloria por lo que es. No adoramos por obligación, sino por amor. Él es nuestro Creador, Sustentador y Salvador. Reconocer su soberanía trae paz al corazón, porque sabemos que nuestra vida está en sus manos.

En el cielo, los salvados cantarán alabanzas eternas ante el trono, porque han aprendido aquí en la tierra a vivir en constante gratitud y reverencia. La adoración no se limita a un momento o un lugar, sino que es un estilo de vida que honra a Dios en todo. Cada acto de bondad, cada palabra de alabanza, cada pensamiento de gratitud es un testimonio de que reconocemos la grandeza de nuestro Señor.

Ahora reflexiona: ¿Ha sido mi vida un himno vivo de adoración al Dios que me creó, me sostiene y me redime? Si aún no has tomado esa decisión, ¿qué te parece comenzar esta experiencia que permanecerá por toda la eternidad?

CORAZÓN RENDIDO, MANOS ABIERTAS

“Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21).

Vivimos en un mundo que mide el éxito por las posesiones. Pero cuando pensamos en las personas que más queremos, nos damos cuenta de que el verdadero valor no reside en lo que alguien tiene, sino en lo que es. Esto nos invita a una pregunta sincera: ¿Dónde he puesto mi corazón?

Jesús, nuestro mayor ejemplo, vivió con sencillez. No tenía riquezas, no acumuló posesiones. Nació en un lugar humilde, caminó entre los necesitados y fue sepultado en una tumba prestada. Y sin embargo, tuvo un impacto eterno en la humanidad. Su vida nos recuerda que lo que importa no es lo que tenemos, sino lo que somos ante Dios. Ese es el valor que debemos buscar con empeño cada día.

La Biblia nos advierte: “Quien ama las riquezas nunca tiene suficiente” (Ecl. 5:10). El problema no es el dinero, sino el apego a él. El corazón que se aferra a las posesiones se aleja de la paz que solo Dios puede dar.

En el desierto, Dios sostuvo a Israel día tras día. No necesitaron dinero; solo necesitaron confiar. A nosotros nos ocurre lo mismo: cuando aprendemos a depender del Señor, descubrimos que él es fiel para proveer lo necesario cada día.

Todo lo que tenemos procede de él. Somos apenas administradores de los recursos que él nos confía. Cuando ofrendamos y diezmamos, no solo estamos obedeciendo; estamos diciendo con el corazón: “Señor, todo es tuyo. En ti confío”.

Jesús enseñó que donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mat. 6:21). Así que dar a Dios nuestras posesiones es, en realidad, darle nuestro corazón. Al hacerlo, reconocemos que dependemos totalmente de su gracia.

“Este creciente apego por la obtención de dinero, el egoísmo engendrado por el deseo de ganancias es lo que amortece la espiritualidad de la iglesia y aleja de ella el favor de Dios” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 22).

Ahora reflexiona: ¿He confiado más en las riquezas o en el proveedor? Que el Espíritu Santo nos enseñe a vivir con las manos abiertas y el corazón rendido, seguros de que nuestro Padre se ocupa de todo. Él no quiere apenas lo que tenemos. Quiere, por encima de todo, quiénes somos.

EL VERDADERO SACRIFICIO

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”

(Romanos 12:1, RVR1960).

Cuando pensamos en el sacrificio, a menudo nos vienen a la mente el dolor, la pérdida y el esfuerzo. Pero el verdadero sacrificio, el que agrada a Dios, no nace de la obligación ni del deseo de impresionarlo. Nace del amor. Al fin y al cabo, cuando amamos de verdad, lo que entregamos ni siquiera nos parece un sacrificio, como Jesús, que dio su vida cuando aún éramos pecadores, y lo hizo con alegría por amarnos (Rom. 5:8).

Lamentablemente, muchos siguen teniendo una visión distorsionada del sacrificio, como si fuera una forma de apaciguar a un Dios enfadado. Piensan que cuanto mayor sea la ofrenda, mayor será la aceptación. Pero la Biblia nos muestra lo contrario. Dios rechaza los sacrificios vacíos, los rituales sin corazón y las donaciones destinadas al aplauso. La verdadera ofrenda que él quiere es nuestro corazón agradecido, rendido, dispuesto a vivir con justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con él (Miq. 6:8). El Señor no busca la apariencia de devoción, sino la sinceridad de un corazón quebrantado. El altar que más le complace es el que se construye en lo más profundo del alma, donde la voluntad se rinde a la suya. Cuando entregamos todo a Dios, descubrimos que no nos falta nada, porque él mismo se convierte en nuestra porción.

El sacrificio, desde el punto de vista divino, no se mide por cantidades o porcentajes. Se mide por el amor. La viuda pobre, con sus dos pequeñas monedas, dio más que todos, porque dio con fe, amor y confianza (Luc. 21:1-4). Dios no necesita nuestro dinero; todo ya le pertenece (Sal. 50:10-12). Lo que el Señor quiere es una relación con nosotros, una respuesta de amor a su amor. “La suma más pequeña dada gozosamente como resultado de la abnegación es de más valor ante la vista de Dios que las ofrendas de los que podrían dar miles de pesos sin sentir necesidad” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 184).

Ahora reflexiona: ¿Qué le he dado a Dios? ¿Es una expresión de mi amor o un intento de comprar su gracia? Que nuestras ofrendas – tiempo, recursos o vida – sean, ante todo, un reflejo del amor que hemos recibido de él.

CUANDO TODO AÚN ES POCO

*“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”
(Marcos 8:34, RVR1960).*

Jesús estaba predicando a una multitud cuando un joven corrió hacia él. Era rico, respetado y religioso. Conocía los mandamientos, llevaba una vida “correcta”. Pero su corazón estaba vacío: “¿Qué me falta todavía?” (Mat. 19:20), preguntó.

¿Cuántos de nosotros nos hemos hecho esa misma pregunta en silencio? Creemos en la iglesia, seguimos las costumbres, evitamos el mal. Pero, en algún momento, nos damos cuenta de que algo aún está fuera de lugar. Sentimos una falta de profundidad, de entrega, de vida.

Jesús miró a aquel joven con amor y le dijo: “Aún te falta una cosa” (Luc. 18:22). Solo una cosa. Pero una que lo exigía todo. No se trataba de una regla más, sino de entrega. Jesús no quería solamente una parte de su corazón; lo quería todo. El joven quedó entristecido. Tenía demasiadas posesiones. No podía desprenderse. Hizo la pregunta correcta y Jesús le respondió con amor. Sin embargo, el joven quería una bendición, pero no una transformación. Quería seguir a Jesús, pero solo hasta donde le convenía.

Así somos nosotros tan a menudo: admiradores de Jesús, pero no seguidores. Queremos la salvación, pero sin el coste del discipulado. Anhelamos el cielo, pero nos resistimos a abandonar el trono de nuestro propio corazón. Jesús no nos pide que demos un poco; él lo pide todo. Y no porque quiera privarnos, sino porque quiere liberarnos. Él sabe que lo que ponemos por encima de Dios se convierte en nuestro verdadero señor.

Seguir a Jesús es una elección diaria de negarse a uno mismo. No es cuestión de perfección; es cuestión de rendición; es cuestión de dejar ir lo que ocupa el lugar de Dios; es cuestión de confiar en que todo lo que él nos pide es porque nos ama demasiado para dejarnos atrapar por lo pasajero. “Por medio del poder de Cristo, los hombres y mujeres han roto las cadenas de los hábitos pecaminosos. Han renunciado al egoísmo” (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 379).

Ahora reflexiona: ¿Qué se interpone todavía entre Jesús y yo? ¿Qué me pide él que todavía me resisto a entregar? Que el Espíritu Santo nos conduzca a la verdadera entrega.

TESOROS QUE EL TIEMPO NO PUEDE CORROER

“La vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes” (Lucas 12:15).

Vivimos en una sociedad que exalta la acumulación. La seguridad parece estar ligada a los números: saldo bancario, bienes adquiridos, reservas financieras. Sin embargo, Jesús nos ofrece una perspectiva totalmente diferente. Afirma que la vida no consiste únicamente en lo que tenemos. La parábola del rico insensato (Luc. 12:16-21) nos advierte sobre el peligro de centrar nuestro corazón en las riquezas.

El problema no está en poseer, sino en confiar en las posesiones. Cuando nuestros ojos solo se fijan en los graneros llenos, perdemos de vista lo que realmente importa: la eternidad. Dios nos invita a ser mayordomos y no acumuladores. La verdadera riqueza consiste en ser rico para con Dios, utilizar nuestros recursos para fines eternos: bendecir, aliviar el dolor, sembrar esperanza.

Las posesiones de este mundo son pasajeras. La ropa envejece, las casas se deterioran, las monedas pierden valor. Pero cuando utilizamos lo que tenemos para la gloria de Dios, transformamos lo temporal en eterno. La generosidad es una inversión en el cielo. El amor al prójimo es capital espiritual. El servicio es una ofrenda viva. El dinero, cuando se guía por la voluntad de Dios, se convierte en una herramienta de amor. Puede construir puentes, alimentar sueños y restaurar vidas.

Jesús dijo: “No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros su reino. Vendan sus posesiones y den limosna; háganse bolsas que no se gasten, tesoros inagotables en el cielo, donde el ladrón no viene y la polilla no corroe” (Luc. 12:32,33). He aquí el llamado: confiar en que Dios cuida de nosotros y en que nuestra herencia está a salvo con él. “Muchas personas están creando para sí preocupaciones y ansiedades innecesarias al dedicar tiempo y consideración a los adornos superfluos que llenan sus casas” (*Maranata: El Señor Viene*, p. 49).

Ahora reflexiona: ¿Dónde está tu tesoro? ¿Dónde descansa tu corazón? ¿Estás acumulando para ti mismo o vives para la gloria de Dios? Que el Espíritu Santo te conduzca a una vida de entrega, confianza y generosidad.

ENTREGA SIN RESERVAS

“Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará” (Lucas 9:24).

Jesús nunca utilizó palabras suaves cuando habló del discipulado. “Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Luc. 14:27). Y fue aún más lejos: “Cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo” (v. 33). ¿Palabras duras? Tal vez. Pero absolutamente claras. Seguirlo exige una entrega, no parcial, sino total.

Preferimos pensar en Jesús como el Salvador amoroso, el médico compasivo, el amigo cercano. Todo esto es verdad. Pero el mismo Jesús que cura también confronta. No quiere solo una parte de nosotros; lo quiere todo. No solo lo que sobra, sino lo que cuesta.

Este modelo de entrega total se repite en toda la Biblia. ¿Recuerda a la viuda de Sarepta? Solo tenía un puñado de harina y un poco de aceite. Aun así, confió en la Palabra de Dios a través del profeta Elías y entregó su último pedazo de comida. ¿Y el resultado? Su vasija nunca se vació. Donde hay fe y entrega, hay provisión divina.

Abraham también recorrió este camino. Desde que abandonó su tierra hasta que ofreció a Isaac, su hijo, su historia está marcada por pasos de obediencia cada vez más desafiantes. Cuando finalmente renunció a todo, Dios le mostró que ya le había provisto un cordero. La fe que se entrega siempre encuentra la fidelidad divina.

Cristo sigue llamando: “Dame, hijo mío, tu corazón” (Prov. 23:26). Quiere tu tiempo, tus recursos, tus relaciones, tu cuerpo, tu mente, tu vida. Todo. No porque sea un tirano, sino porque es el Dios que ya lo ha dado todo por nosotros. No impone; invita. Su llamado está lleno de amor y de gracia, como la de un Padre que sabe que solo en sus brazos encontramos la verdadera paz. Al renunciar a todo, no perdemos; ganamos. Ganamos propósito, libertad y salvación. La entrega a Cristo no es un fin, sino el inicio de una nueva vida, abundante y eterna. “Este es un camino de abnegación. Y cuando pensamos que el camino es demasiado estrecho, que se exige demasiada abnegación en esta senda estrecha; cuando decimos: ¡Cuán duro es renunciar a todo!, hagámonos la pregunta: ¿A cuánto renunció Cristo por mí?” (*Joyas de los Testimonios*, t. 1, p. 82).

Ahora reflexiona: ¿Le estoy entregando todo a Jesús o todavía reservo partes de mi vida solo para mí?

LA SINFONÍA DE LA UNIDAD EN CRISTO

“Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro” (Efesios 4:16).

En el corazón del plan divino hay un profundo deseo de conexión y armonía. Dios sueña con un pueblo unido, no por meras formalidades u obligaciones, sino por auténticos lazos de amor y propósito, que reflejen la unidad perfecta de la Trinidad. Somos llamados a ser algo más que un conjunto de individuos; somos invitados a formar un cuerpo vivo, vibrante e interconectado, en el que cada miembro es esencial y valioso. Esta visión trasciende la capacidad humana; es una obra sobrenatural realizada en nosotros y a través de nosotros por el poder transformador de Cristo.

La conexión vertical con el Padre debe desbordarse en conexiones horizontales con nuestros hermanos y hermanas. Somos llamados a vivir esta realidad celestial aquí en la tierra, manifestando la belleza de la comunión que Cristo conquistó para nosotros en la cruz. Esto significa abandonar las comparaciones, las rivalidades y la búsqueda de estatus, reconociendo que nuestra verdadera importancia reside en ser hijos amados de Dios y miembros los unos de los otros.

Debemos aprender a celebrar las victorias de los demás, llorar con los que lloran, llevar los unos las cargas de los otros y perdonar como fuimos perdonados. La unidad florece en una atmósfera de gracia, humildad y servicio sacrificial. Elena de White nos recuerda: “El amor puro es sencillo en sus manifestaciones, y distinto de cualquier otro principio de acción. El amor por la influencia y el deseo de que otros nos estimen pueden producir una vida bien ordenada, y con frecuencia una conversación intachable” (*Testimonios para la Iglesia*, t. 2, p. 124).

Esta unidad, sin embargo, no debe aislarnos del mundo. Al contrario, nos capacita e impulsa a ser luz y sal, a tender la mano con compasión y a compartir la esperanza que tenemos en Jesús. Somos llamados a construir puentes, no muros, a salir de nuestras zonas de confort y encontrarnos con los que están perdidos y heridos, ofreciéndoles la amistad sincera y el amor incondicional que hemos recibido de Dios.

Ahora reflexiona: ¿Es la iglesia un refugio para los perfectos o un hospital para curar y restaurar a los pecadores?

LA MISIÓN QUE PALPITA EN NOSOTROS

“Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien predique? ¿Y cómo predicarán sin ser enviados? Así está escrito: ‘¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian las buenas noticias!’” (Romanos 10:14, 15).

En su carta a los Romanos, el apóstol Pablo nos presenta una cadena de acontecimientos que culmina en la salvación: la necesidad de escuchar, la importancia de un predicador y la belleza de los pies de quienes difunden el Evangelio. Este pasaje nos revela la urgencia y la relevancia de la misión, el llamado a compartir el mensaje de Cristo con un mundo que anhela esperanza y salvación.

La realidad es que muchos a nuestro alrededor viven en la oscuridad espiritual, desconociendo el amor incondicional de Dios y el sacrificio redentor de Jesús. No pueden invocar a Cristo a menos que crean, no pueden creer a menos que oigan y no pueden oír a menos que alguien predique. Esta es nuestra misión: ser la voz que proclama la verdad, las manos que extienden ayuda y los pies que llevan el mensaje de esperanza a todos los rincones de la tierra.

La misión no es tarea exclusiva de pastores, misioneros o líderes religiosos. Es un llamado universal, dirigido a cada uno de los que hemos sido alcanzados por la gracia divina. Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar, ya sea mediante el testimonio personal, el servicio al prójimo, la ayuda económica o la oración intercesora.

“No hay límite a la utilidad del que, poniendo a un lado el yo, permite que el Espíritu Santo obre sobre su corazón, y vive una vida enteramente consagrada a Dios” (Servicio Cristiano, p. 315).

Esta cita nos recuerda que la clave del éxito de la misión reside en el amor a Dios y en el espíritu de sacrificio que habita en cada uno de nosotros. Cuando nuestro corazón está lleno del amor de Cristo, nuestra generosidad se manifiesta de forma natural, abriendo puertas y multiplicando los recursos para la obra misionera.

Ahora reflexiona: ¿Arde tu corazón con el amor de Dios? ¿Estás dispuesto a sacrificarte en favor de la misión, invirtiendo tiempo, talento y recursos en proclamar el Evangelio?

EL VALOR DE LO POCO EN LAS MANOS DE DIOS

“Al atardecer se le acercaron sus discípulos y dijeron: — Este es un lugar apartado y ya se hace tarde. Despide a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren algo de comer. — No tienen que irse —contestó Jesús—. Denles ustedes mismos de comer” (Mateo 14:15, 16).

Un niño estaba entre la multitud que seguía a Jesús. Solo llevaba cinco panes y dos pececillos. Era muy poco. Era la merienda de un niño. Pero en las manos de Cristo, era suficiente para alimentar a miles de personas.

La multiplicación de los panes es una de las historias más conocidas de la Biblia. Sin embargo, a menudo olvidamos que todo comenzó con una ofrenda sencilla y aparentemente insignificante: la entrega voluntaria de un niño que decidió compartir lo que tenía. Podría haber guardado todo para sí, pero no dudó en entregarlo.

¿Cuántas veces subestimamos el valor de lo poco? Pensamos que solo podemos contribuir cuando tenemos mucho. Pero Dios no espera grandeza material; él espera fidelidad. La mayordomía cristiana tiene menos que ver con la cantidad y más con la disposición de entregar.

“El plan de Dios es valerse de instrumentos humildes para la realización de grandes fines” (*El Conflicto de los Siglos*, p. 157). Cuando ponemos lo poco que tenemos en las manos del Señor —nuestro tiempo, nuestros recursos, nuestros talentos— él lo multiplica, transforma y bendice.

Jesús nos enseña que la verdadera generosidad no está ligada a la abundancia, sino al corazón. El niño de los panes no tuvo su nombre registrado, no buscó reconocimiento, pero su gesto ha atravesado los siglos como ejemplo de fe y entrega. Nos muestra que no es necesario tener mucho para impactar vidas; lo que se necesita es disposición. En tiempos de individualismo y autopreservación, su actitud nos recuerda que los mayores milagros provienen de la voluntad de dar, incluso cuando parece insuficiente. El cielo no valora la cantidad que se dona, sino el amor con que se ofrece.

Ahora reflexiona: ¿He esperado tener más para donar, servir o actuar con propósito? Que lo poco que tenemos sea puesto con alegría en las manos de Dios. Porque allí, y solo allí, lo poco se convierte en mucho.

EL VALOR DE LA ENTREGA TOTAL

“Confía en el Señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos y él enderezará tus sendas” (Proverbios 3:5, 6).

Confiar plenamente en Dios es una de las mayores pruebas de fe que podemos ofrecer. A menudo decimos que confiamos, pero mantenemos áreas de nuestra vida bajo nuestro propio control: planes, recursos, tiempo, decisiones. Rendirse por completo significa renunciar a la autosuficiencia y depender totalmente del Señor.

A lo largo de las Escrituras, vemos ejemplos de hombres y mujeres que comprendieron el valor de la entrega total. Abraham dejó su tierra sin saber adónde iba, confiando solo en la promesa divina. Ana, incluso después de años de sufrimiento y espera, entregó a Dios el hijo que tanto había deseado. El apóstol Pablo, tras su encuentro con Cristo, consideró “todo como pérdida” (Fil. 3:8) para ganar la excelencia del conocimiento de Jesús.

Dios nunca nos pide algo sin antes darnos mucho más. Nuestra entrega es solo una respuesta natural a su inmensa gracia. El peligro que corremos es ofrecer a Dios solo lo que nos sobra: el tiempo que no se ha ocupado, el talento que no se utiliza para otra tarea, los recursos que consideramos excedentes. Pero el llamado divino es para dar lo primero y lo mejor. Dios no necesita nuestras posesiones, sino que quiere nuestro corazón. “Se me instruye a exaltar la necesidad de una consagración personal, y la santificación de todo el ser a Dios” (*El Ministerio Médico*, p. 443).

La verdadera entrega no es una carga, sino un privilegio. Cuando reconocemos cuánto hemos sido bendecidos, nuestro corazón se llena de amor y gratitud, y la entrega se vuelve espontánea y gozosa.

Dios sigue llamando a cada uno de nosotros a confiar plenamente. No solo en las grandes decisiones, sino en las elecciones cotidianas, en la forma en que empleamos nuestro tiempo, nuestros dones, nuestras posesiones. La confianza genuina se manifiesta en actitudes prácticas y demuestra quién es el Señor de nuestro corazón.

Ahora reflexiona: ¿En qué áreas de mi vida sigo apoyándome en mi propio entendimiento? ¿Qué podría entregar completamente a Dios para experimentar verdadera dirección y bendición?

LA MAYORDOMÍA DE LA CONFIANZA

“Encomienda al SEÑOR tu camino; confía en él, y él actuará” (Salmo 37:5).

La mayordomía cristiana es esencialmente una relación de confianza entre nosotros y Dios. No se trata solo de diezmar, ofrendar o cuidar de las posesiones; es un reflejo vivo del amor y la fe. La verdadera mayordomía nace de la comprensión de que pertenecemos a Dios, no por obligación o miedo, sino por amor, gratitud y reconocimiento de su soberanía.

Lamentablemente, en muchas ocasiones, los sermones sobre mayordomía se centran en motivar la generosidad a través del miedo, la culpa o la promesa de recompensas materiales. Tales enfoques distorsionan el corazón de la mayordomía: una vida rendida y confiada a Dios, independientemente de las circunstancias.

La base segura para una vida de mayordomía fiel es la comprensión de tres verdades fundamentales: Dios nos creó, Dios nos redimió y Dios provee para nosotros cada día. El salmista exclamó: “¡Te alabo porque soy una creación admirable!” (Sal. 139:14). Cada aspecto de nuestra existencia es un testimonio de la creación cuidadosa e intencionada de Dios. Por eso, cada elección que hacemos debe ser una expresión de nuestra confianza y gratitud hacia él.

El apóstol Pablo nos recuerda también que, además de crearnos, Cristo nos redimió con su preciosa sangre. Nos amó cuando aún éramos pecadores y nos ofreció la vida eterna (Efe. 2:4-9). Esta redención nos impulsa a entregar todo lo que somos y tenemos a Dios, no por miedo, sino por amor.

Y Dios no solo creó y redimió, sino que también sostiene cada detalle de nuestra vida. Moisés advirtió a Israel de que, al prosperar en la Tierra Prometida, no debían olvidar que todo provenía del Señor (Deut. 8:11-18). De la misma manera, debemos recordar que cada bendición, cada recurso y cada talento viene del Padre. “Por cuantiosas o reducidas que sean las posesiones de una persona, esta debe recordar que las ha recibido tan solo en calidad de depósito. Debe rendir cuenta a Dios de su fuerza, habilidad, tiempo, talento, oportunidades y recursos” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 24).

Ahora reflexiona: ¿En quién he depositado mi confianza? Que tu relación con Dios se base en el amor y la fe, entregándole todo, con la certeza de que eres cuidado por las manos eternas del Señor.

TESTIMONIO QUE TRANSFORMA

“Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto” (1 Pedro 3:15).

Compartir la fe es un llamado para todo cristiano, pero no siempre sabemos por dónde empezar. El ejemplo del apóstol Pablo nos ofrece valiosas lecciones sobre cómo dar un testimonio eficaz, incluso ante públicos diversos y en situaciones adversas.

La primera clave es la sencillez. En lugar de discursos elaborados o teologías complejas, un testimonio auténtico sigue una estructura clara: quién era yo antes de Cristo, cómo lo conocí y cómo transformó mi vida. Es la historia del poder de Dios en acción. No se trata de los méritos propios, sino de la gracia que nos alcanza.

Además, un testimonio tiene que ser breve. A menudo, el Espíritu Santo abre puertas en momentos inesperados: una conversación rápida en el autobús, una pregunta en el trabajo, un desahogo entre amigos. En estas ocasiones, tres minutos pueden ser todo lo que tenemos para sembrar esperanza.

Otro punto esencial es la prudencia. Pablo adaptaba su testimonio según el contexto, respetando los antecedentes y la comprensión de quienes lo escuchaban. Nosotros también debemos evitar jergas que confunden, y preferir un lenguaje claro, accesible y que despierte interés. Hablar de forma humilde y humana acerca el corazón de la otra persona en vez de erigir barreras. “Por el poder silencioso de una vida bien ordenada y de palabras santificadas, pueden presentar a Jesús al mundo, reflejar la luz del cielo y ganar gente para Cristo” (*Fundamentos da Educação Cristã*, 2025, p. 67, 68, traducción libre). Nuestra vida diaria es a menudo el testimonio más elocuente.

En los tiempos difíciles que se avecinan, cuando la estructura de la Iglesia ya no sea accesible, el testimonio personal será una de las pocas luces restantes en este mundo. Cada conversación, cada gesto, cada palabra puede ser un canal a través del cual actúe el Espíritu Santo. Testificar será menos acerca de lo que sabemos y más acerca de a quién conocemos. Las vidas transformadas hablarán más alto que cualquier argumento.

Ahora reflexiona: ¿Estoy dispuesto a compartir mi fe con amor, humildad y claridad?

GRATITUD: LA ESENCIA DE LA OFRENDA NAVIDEÑA

“Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría” (2 Corintios 9:7).

Con el paso de los años, algunas prácticas de fidelidad de nuestros pioneros, lamentablemente, han perdido fuerza en la vida práctica de la iglesia. Las ofrendas de Navidad, el trabajo asistencial, dejar la herencia para la causa de Dios, la devolución de los diezmos atrasados, las ofrendas de gratitud... todos estos actos de consagración, que antes eran vibrantes, parecen haberse desvanecido en medio de las prisas del mundo moderno.

Hoy quiero traer a la memoria la belleza y el significado de las ofrendas navideñas, un regalo que se hace a Dios en agradecimiento por un año más de vida que nos concede, o por el nacimiento de un hijo. Es un reconocimiento del don de la vida, un testimonio de nuestra dependencia y aprecio por el Creador. En lugar de convertir los cumpleaños en celebraciones de exaltación personal, donde la persona que cumple años se convierte en el centro de atención, podemos repasar las bendiciones que hemos recibido, repensar los errores del pasado, pedir perdón y ofrecer una ofrenda de gratitud por las bendiciones y la vida.

Un cumpleaños es una ocasión para alabar a Dios, no a la persona que cumple años. Elena de White nos da la siguiente orientación: “Bajo la economía judaica, Dios había ordenado que se le presentara una ofrenda en ocasión del nacimiento de los hijos. Ahora vemos a los padres procurar en forma especial ofrecer regalos a sus hijos en sus cumpleaños. Hacen de ello una ocasión para honrar al niño, como si se debiera honrar a un ser humano. [...] En ocasión de los cumpleaños se debe enseñar a los niños que tienen motivos por agradecer a Dios por su bondad que les conservó la vida otro año. [...] Estamos en deuda con el Dador de todas las mercedes tanto por la vida, la salud, el alimento y el vestido, como por la esperanza de vida eterna. Debemos, pues, reconocer sus dones y presentar nuestras ofrendas de gratitud a nuestro mayor benefactor. Estos regalos de cumpleaños son reconocidos por el Cielo” (*El Hogar Cristiano*, p. 430).

Ahora reflexiona: ¿Son nuestros cumpleaños momentos de alabanza a Dios o de exaltación personal? ¿Usamos las bendiciones que recibimos para promover el reino de Dios o para satisfacer nuestros propios deseos?

DE DIOS, POR DIOS Y PARA DIOS: LA TRÍADA DE LA ADORACIÓN

*“Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él.
¡A él sea la gloria por siempre! Amén” (Romanos 11:36).*

En el profundo versículo de Romanos 11:36, el apóstol Pablo nos revela los tres pilares de la verdadera adoración: todo es de él, todo es por él y todo es para él. Esta tríada nos invita a reflexionar profundamente sobre nuestra relación con el Creador y la forma en que vivimos nuestra fe.

El primer pilar, “todo es suyo”, nos remonta al principio de la creación. Dios existía antes que todo, y todo lo que existe le pertenece. Como dice el salmista David: “Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan” (Sal. 24:1). Esta comprensión nos libera de la ilusión de que somos dueños de algo, reconociendo que solo somos administradores de los bienes que Dios nos confía.

El segundo pilar, “todo es por medio de él”, nos lleva a reconocer que nuestros logros, capacidades y talentos no son fruto de nuestro esfuerzo, sino de la providencia divina. Santiago 1:17 nos recuerda: “Toda buena dádiva y toda perfecta bendición descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbres celestes, y quien no cambia ni se mueve como las sombras”. Esta conciencia nos impide vanagloriarnos de nuestros logros, reconociendo que solo somos instrumentos en las manos de Dios.

El tercer pilar, “todo es para él”, nos dirige al propósito final de nuestra existencia: glorificar a Dios en todo lo que hacemos. Nuestras acciones, palabras y pensamientos deben ser un reflejo del amor y la gracia de Dios, dando testimonio de su poder y bondad al mundo.

Sin embargo, a menudo nos desviamos de estos principios, buscando la gloria para nosotros mismos y olvidando que todo lo que tenemos y somos viene de Dios. “El corazón que recibe la palabra de Dios no es como [...] una cisterna rota que pierde su tesoro. Es como el torrente de la montaña alimentado por fuentes inagotables, cuyas aguas frescas y cristalinas saltan de una roca a otra, refrigerando al cansado, al sediento y al cargado” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 100).

Ahora reflexiona: ¿Vivimos según los principios de la verdadera adoración, reconociendo que todo es de él, por medio de él y para él?

LA CONSAGRACIÓN QUE TRANSFORMA

“En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Enfrentados a la complejidad de la vida moderna, nos vemos constantemente desafiados a encontrar un propósito que trascienda las preocupaciones cotidianas. El apóstol Pablo, en su carta a los Corintios, nos ofrece una brújula para navegar en este mar de incertidumbres: “hacedlo todo para gloria de Dios”. Esta afirmación sencilla pero profunda nos invita a replantearnos nuestras prioridades y a vivir una vida de consagración que glorifique el nombre del Señor en cada detalle.

La consagración no consiste solo en momentos aislados de oración o rituales religiosos. Es un principio vital que debe impregnar todos los aspectos de nuestra existencia. Desde las tareas más sencillas hasta las decisiones más complejas, cada acción debe realizarse con la conciencia de que estamos sirviendo a un propósito mayor: la gloria de Dios.

Esta consagración transformadora comienza en el corazón. Hay que limpiarlo de todo egoísmo, ambición mundana y apego a los placeres pasajeros. El amor de Dios debe ser el combustible que impulse nuestras acciones, guiándonos en cada paso del camino. Cuando el corazón está lleno del amor de Dios, la vida se convierte en una manifestación constante de la gracia divina, irradiando la luz de Cristo al mundo.

Sin embargo, la consagración no es un proceso pasivo. Requiere esfuerzo, dedicación y una búsqueda constante de la voluntad de Dios. Es necesario estudiar la Palabra, orar con fervor y buscar la guía del Espíritu Santo en cada decisión. También implica estar dispuestos a renunciar a nuestros propios deseos y seguir el camino que Dios nos muestra, aunque sea difícil o impopular. “El cristiano debe ser temperante en todas las cosas: en la comida, en la bebida, en la manera de vestir y en todo aspecto de la vida. [...] No tenemos derecho de complacernos en nada que produzca en la mente una condición que impida que el Espíritu de Dios nos impresione con la comprensión de nuestro deber” (*Consejos Sobre la Salud*, p. 429).

Ahora reflexiona: ¿Es mi vida un reflejo de la gloria de Dios? ¿Busco la consagración en cada detalle de mi existencia o me contento con una fe superficial y distante?

RECONOCIMIENTO DE LA SOBERANÍA DIVINA

“Honra al Señor con tus riquezas y con los primeros frutos de tus cosechas. Así tus graneros se llenarán a reventar y tus bodegas rebosarán de vino nuevo” (Proverbios 3:9, 10).

El texto de Proverbios 3:9 y 10 nos invita a reflexionar sobre la importancia de honrar a Dios con nuestras posesiones y las primicias de nuestros ingresos. Esta práctica no es solo un acto de obediencia, sino un reconocimiento de la soberanía de Dios sobre todos los ámbitos de nuestra vida.

LeTourneau, inventor de maquinaria para nivelación y excavación, alcanzó un gran éxito financiero, pero tras la pérdida de su hijo, reevaluó sus objetivos y decidió dedicar sus recursos a predicar el Evangelio. LeTourneau decidió devolver a Dios el 90% de sus posesiones y vivir del 10% restante. Esta actitud demostraba su convicción de que todo pertenecía a Dios y que él solo era un administrador de los recursos divinos.

La historia de LeTourneau nos desafía a cuestionar nuestras propias prioridades y a evaluar si estamos utilizando nuestros recursos para la gloria de Dios. A menudo nos dejamos llevar más por lo que no tenemos que por lo que sí tenemos, olvidando que Dios espera que utilicemos para su causa lo que está a nuestra disposición.

Dios no nos pedirá cuentas por no haber acabado con el hambre en el mundo, pero nos interrogará por no haber ayudado a una familia necesitada de nuestra ciudad. No nos cobrará por no haber llevado el Evangelio a todos los países, pero nos preguntará por qué no ofrecimos un estudio bíblico a nuestro vecino.

Tenemos que reconocer que Dios puede utilizar cosas aparentemente insignificantes para lograr grandes hechos. La honda de David, los panes y los peces de un niño, la harina y el aceite de una viuda, todos estos ejemplos nos muestran que Dios puede convertir lo poco en mucho cuando ponemos nuestros recursos a su disposición. “Pero ha preferido hacer del hombre su mayordomo, confiándole bienes, no para que los vaya acumulando, sino para que los emplee haciendo bien a otros. Hace así del hombre su intermediario para distribuir sus bendiciones en la tierra” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 17).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos utilizar nuestros recursos, por pequeños que sean, para honrar a Dios y bendecir a los demás?

PEQUEÑOS REGALOS, AMOR INFINITO

“El que es fiel en lo poco también lo será en lo mucho; y el que no es honrado en lo poco tampoco lo será en lo mucho” (Lucas 16:10).

Hoy se nos invita a reflexionar sobre el poder transformador de los pequeños regalos hechos con amor. La historia de la Madre Teresa de Calcuta, que inició una campaña de recolección de azúcar en una época de escasez en la India, ilustra esta verdad. Un niño, movido por la compasión, se acercó a ella con una taza llena de azúcar, fruto de su propia abnegación. Había pasado días sin comer azúcar para ofrecer lo que había ahorrado. La respuesta de la Madre Teresa, con una amplia sonrisa, resuena en nuestros corazones: “No podemos hacer ninguna gran cosa, solo pequeños regalos con gran amor.”

Esta sencilla narración nos enseña que Dios valora los pequeños regalos tanto como los grandes. A menudo subestimamos el impacto de nuestras acciones, creyendo que solo los grandes hechos son dignos de reconocimiento. Sin embargo, Dios se alegra con cada gesto de amor, cada palabra de esperanza y cada abrazo sincero.

Cuando abrazamos a alguien, puede parecer solo un abrazo, pero para la persona abrazada puede ser un reencuentro con la alegría de vivir. Cuando entregamos una cesta de alimentos, puede tratarse solo de comida, pero para el que la recibe puede ser la fuerza para seguir adelante. Las ofrendas de una persona humilde pueden parecer solo unas pocas monedas, pero permiten comprar una Biblia y llevar la salvación a una familia al otro lado del mundo.

“Dios no solamente pide vuestra caridad sino vuestro semblante alegre, vuestras esperanzadas palabras, el apretón de vuestra mano. Aliviad a algunos de los afligidos de Dios. Algunos están enfermos y han perdido la esperanza. Devolvedles la luz del sol. Hay almas que han perdido su valor; habladles, orad por ellas. Hay quienes necesitan el pan de vida. Leedles de la Palabra de Dios. Hay una enfermedad del alma que ningún bálsamo puede alcanzar, ninguna medicina curar. Orad por estas [almas] y traedlas a Jesucristo” (*El Ministerio de la Bondad*, p. 75).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos convertir nuestras pequeñas acciones en actos de amor que glorifiquen a Dios y bendigan a nuestro prójimo?

VEN, SÉ PARTE DE MÍ

“Vengan, síganme —dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19).

La invitación de Dios resuena diariamente: “Ven, camina conmigo. ¡Permite que yo sea parte de tu vida!”. Discipulado es el nombre de esta jornada, iniciada por Adán y Eva pero perdida por el pecado. Desde entonces, Dios busca restaurar, persona por persona, esa relación destruida.

Cristo llamó a 12 hombres comunes para que lo siguieran. Juntos, vivieron una aventura que culminaría en la cruz y luego llevaría a 120 discípulos por el mundo, transformándolo profundamente. Hoy, sin embargo, el cristianismo muchas veces refleja más la cultura que lo rodea que al Cristo viviente. Por eso, necesitamos volver a lo básico: hacer discípulos.

Un verdadero discípulo camina con Cristo, aprende de él y se somete con el fin de ser semejante al Maestro. Ser discípulo significa amarlo con todo el corazón, mente y fuerzas, tal como él nos amó. No permitir que Cristo sea nuestra principal pasión es, en cierto modo, idolatría. “Podemos beber del amor de Cristo del mismo modo como el sarmiento se nutre de la vid. Si estamos injertados en Cristo, y si cada fibra está unida a la Vid viviente, lo evidenciaremos gracias a los abundantes y ricos racimos que produciremos” (*Recibiréis Poder*, p. 73).

La intimidad con Dios crece a través de la oración, el estudio y la meditación diaria. Es necesario integrarlo en todas las áreas de la vida, no solo en los momentos de devoción, pues así la pasión y la intimidad se profundizan. Cada decisión debe ponerlo como la prioridad máxima. No se trata de ser capaces de explicar doctrinas, sino de compartir lo que Dios hace en nuestra vida.

El mayor desafío del discipulado es aceptar la presencia del Espíritu Santo, que transforma y fortalece. Él promete quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne (Eze. 36:26, 27). Sin esta entrega, todo esfuerzo resulta solo en frustración legalista. El discipulado es una sociedad dinámica, llevando a Jesús a cada detalle de la vida. Pablo afirma que la riqueza de la gloria es “Cristo en ustedes” (Col. 1:27). Hoy, Dios repite: “¡Ven, sígueme!”. Extiende esta invitación a otros y camina junto a ellos, ayudándolos a convertirse en discípulos.

Ahora reflexiona: ¿Estamos permitiendo que Dios sea Dios en cada decisión y en cada área de nuestra vida?

LA VERDAD INQUEBRANTABLE

“Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad” (Juan 17:17).

El texto bíblico de hoy nos recuerda la importancia de la Palabra de Dios como guía segura en un mundo cada vez más incierto y relativista. Hoy somos invitados a reflexionar sobre la necesidad de aferrarnos a la verdad divina en medio de los desafíos de la posmodernidad.

En un mundo en el que a menudo se cuestiona y relativiza la verdad, donde se anima a cada individuo a definir sus propias verdades, significados y certezas, los principios bíblicos corren el riesgo de ser sustituidos por la búsqueda incesante de relevancia personal. Lo que es relevante para mi vida cotidiana se convierte a menudo en algo más importante que la propia verdad.

Un reconocido apologeta cristiano solía contar una historia sobre la falacia del pensamiento posmoderno de que no existe una verdad absoluta. Un amigo lo llevó a ver un edificio de arquitectura posmoderna, sin formas definidas ni estructura lógica. Entonces preguntó: “¿La base del edificio también es posmoderna, sin forma, lógica ni reglas de construcción?”

Esta analogía nos lleva a reflexionar sobre la importancia de tener un fundamento sólido en nuestra vida. Así como un edificio necesita una base firme sobre la que sostenerse, nuestra fe necesita estar fundada en la verdad inquebrantable de la Palabra de Dios. No podemos construir nuestra vida espiritual sobre arenas movedizas, sujetas a opiniones cambiantes y modas pasajeras.

Necesitamos acudir a las verdades claramente reveladas en las Escrituras, el único fundamento seguro para todo lo que creemos y seguimos. Cuando Jesús dice: “En verdad os digo”, nos da la certeza de que su revelación es más firme que nuestras suposiciones, y que la verdad divina siempre será relevante. “En los preceptos de su santa ley, Dios ha dado una perfecta norma de vida; y ha declarado que hasta el fin del tiempo esa ley, sin sufrir cambio en una sola jota o tilde, mantendrá sus demandas sobre los seres humanos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable” (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 402).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos reforzar nuestro compromiso con la verdad de la Palabra de Dios en un mundo que lo relativiza todo?

EL TIEMPO: UNA OPORTUNIDAD DIVINA

*“Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría”
(Salmo 90:12).*

El Salmo 90:12 nos invita a reflexionar sobre la preciosidad del tiempo y la importancia de usarlo sabiamente, buscando un corazón que comprenda la brevedad de la vida y la eternidad que nos espera. Hoy, somos llamados a considerar la mayordomía del tiempo como una oportunidad divina para glorificar a Dios y bendecir al prójimo.

El tiempo es uno de los recursos más valiosos que Dios nos concede. Cada día, cada hora, cada minuto es un regalo que no podemos permitirnos desperdiciar. Sin embargo, a menudo nos dejamos llevar por las distracciones y preocupaciones del mundo, descuidando utilizar sabiamente el tiempo que se nos ha confiado. Vivimos en una sociedad que valora la productividad y la eficacia, pero que a menudo olvida el propósito mayor de la vida. Corremos de un compromiso a otro, acumulando tareas y responsabilidades, pero a menudo nos sentimos vacíos e insatisfechos.

Debemos aprender a priorizar lo que realmente importa: dedicar tiempo a la relación con Dios, al cuidado de nuestra familia, al servicio al prójimo y al desarrollo de nuestros talentos. El tiempo dedicado a la oración, a la lectura de la Biblia, a la comunión con nuestros hermanos y hermanas y a hacer el bien nunca es tiempo perdido. Es una inversión con potencial de dar frutos eternos. Cada acto de bondad, cada palabra de ánimo, cada momento de oración contribuye al reino de Dios y a la transformación del mundo que nos rodea.

Debemos recordar que la eternidad no es solo un destino futuro, sino una realidad que comienza a construirse aquí y ahora, en cada elección que hacemos y en cada momento que dedicamos a Dios. Que la urgencia del tiempo presente nos motive a actuar con propósito y a buscar la dirección divina en cada decisión. “Si supiéramos apreciar cada momento y dedicarlo a cosas buenas, tendríamos tiempo para hacer todo lo que necesitamos hacer para nosotros mismos o para los demás” (*El Ministerio de Curación*, p. 159).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos emplear nuestro tiempo más sabiamente, dando prioridad a lo que realmente importa e invirtiendo en las cosas que tienen valor eterno?

EL AYUNO: UN CAMINO HACIA LA INTIMIDAD CON DIOS

“Llamarás y el Señor responderá; pedirás ayuda y él dirá: ‘¡Aquí estoy!’” (Isaías 58:9).

El profeta Isaías nos presenta una promesa reconfortante: cuando clamamos a Dios, él nos oye y responde. Según la Biblia, el ayuno puede fortalecer nuestra intimidad con Dios, purificar nuestro corazón y acercarnos a su amor. El ayuno, a menudo entendido solo como abstinencia de alimentos, es en realidad una práctica espiritual que implica la entrega total de nuestro ser a Dios. Es un tiempo de renuncia, humildad y búsqueda sincera de su voluntad.

Cuando ayunamos, reconocemos nuestra dependencia de Dios y nuestra necesidad de su gracia. Estamos renunciando a algo que consideramos importante, ya sea comida, bebida u otras distracciones, para centrarnos en su presencia y su Palabra. El ayuno no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un fin. No ayunamos para impresionar a Dios o para manipular su voluntad, sino para humillarnos ante él y ser más receptivos a su dirección.

Cuando ayunamos con un corazón sincero, Dios se acerca a nosotros. Nos revela sus secretos, nos concede su sabiduría y nos fortalece para afrontar los retos de la vida. El ayuno nos permite discernir la voz de Dios en medio del ruido del mundo y seguir sus caminos con confianza.

Además, el ayuno nos ayuda a desarrollar el autocontrol y a fortalecer nuestra disciplina espiritual. Al aprender a controlar nuestros deseos e impulsos, nos tornamos más capaces de resistir las tentaciones y vivir según los principios de Dios. “La fuerza de la tentación a complacer el apetito puede ser comprendida solo cuando se recuerda la inexpresable angustia de nuestro Redentor durante su largo ayuno en el desierto. El sabía que la complacencia del apetito pervertido amortecería tanto las percepciones del hombre, que éste no podría discernir las cosas sagradas. Adán cayó por la satisfacción del apetito; Cristo venció por la negación del apetito” (*Consejos sobre el Régimen Alimenticio*, p. 198).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos practicar el ayuno de forma significativa, buscando la intimidad con Dios y la transformación de nuestro carácter?

OFRENDANDO CON PROPÓSITO

*“Cada uno llevará ofrendas, según lo haya bendecido el Señor tu Dios”
(Deuteronomio 16:17).*

La ofrenda es un acto de adoración que trasciende la mera contribución económica. Es una expresión de gratitud, un reconocimiento de que todo lo que tenemos viene de Dios y una demostración de nuestra confianza en su provisión continua. Pero ¿cómo podemos ofrendar de forma que agrade a Dios y bendiga su reino?

En primer lugar, debemos ofrendar con alegría. La ofrenda que agrada a Dios es la que brota de un corazón agradecido y rebosante de amor. No debemos ofrendar con pesar o por obligación, sino con la alegría de saber que estamos contribuyendo a una causa más grande que nosotros mismos. La actitud con la que ofrecemos refleja nuestra espiritualidad y nuestra intimidad con Dios.

En segundo lugar, nuestras ofrendas deben ser planificadas. No debemos limitarnos a dar a Dios lo que nos sobra, sino reservar una parte de nuestros recursos por adelantado, demostrando así que él es prioridad en nuestra vida. La planificación nos ayuda a ofrendar con constancia y a evitar la impulsividad.

La regularidad es otra característica importante de una ofrenda que agrada a Dios. Así como somos fieles en el cuidado de nuestras necesidades, debemos ser fieles en ofrendar al Señor, reconociendo que él es la fuente de toda nuestra prosperidad. La práctica constante de ayudar evidencia el compromiso del cristiano con la expansión de la obra divina.

Por último, nuestras ofrendas deben ser proporcionales. La Biblia nos enseña a ofrendar según nuestros ingresos, reconociendo que Dios nos bendice de forma diferente y que cada uno debe contribuir según su capacidad. La proporcionalidad nos ayuda a ofrendar de forma justa y equilibrada, sin comprometer nuestras necesidades básicas. “Debemos considerarnos administradores de la propiedad del Señor, y tener a Dios como el propietario supremo, a quien debemos devolver lo suyo cuando lo requiere” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 340).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos cultivar un corazón generoso y ofrendar con alegría, planificación, regularidad y proporcionalidad, honrando a Dios con nuestros bienes y contribuyendo a su obra?

EL DON DE LA ELECCIÓN

“Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro o querrá mucho a uno y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir a la vez a Dios y a las riquezas”
(Mateo 6:24).

La vida nos presenta, a cada instante, elecciones que moldean nuestro destino. Una de las más cruciales es la decisión entre servir a Dios o a Mamón, entre buscar valores eternos o aferrarnos a riquezas pasajeras. Jesús, en su sabiduría, nos advierte de la imposibilidad de conciliar estos dos amos, porque la devoción a uno implica inevitablemente el desprecio del otro.

Mamón, la personificación de la codicia y el amor al dinero ejerce una poderosa fascinación sobre el corazón humano. La búsqueda incesante de bienes materiales, la obsesión por el éxito financiero y la excesiva preocupación por la seguridad económica pueden encerrarnos en una espiral de insatisfacción y alejarnos del verdadero propósito de la vida. Servir a Mamón significa priorizar el tener por encima del ser y sacrificar los valores morales en nombre del lucro.

Por otra parte, servir a Dios implica anteponer el reino de los cielos, buscar la justicia, la misericordia y la humildad. Significa reconocer que solo somos administradores de los bienes que él nos confía y que debemos utilizarlos para bendecir a otras personas. Servir a Dios significa construir nuestra vida sobre un sólido fundamento, basado en los principios eternos de su Palabra.

La elección entre servir a Dios o a Mamón no es fácil. La presión social, el consumismo desenfrenado y la búsqueda incesante de estatus y reconocimiento pueden desviarnos del camino de la verdad. Sin embargo, es esencial que hagamos esta elección con sabiduría y valentía, conscientes de las consecuencias de cada decisión.

“El hombre mundano siente un deseo vehemente por algo que no posee. La fuerza del hábito lo ha inducido a orientar cada pensamiento y propósito hacia la tarea de hacer provisión para el futuro, y a medida que envejece se pone más ansioso que nunca por adquirir todo lo que sea posible” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 155).

Ahora reflexiona: ¿A quién sirvo? ¿A Dios, con un corazón sincero y una vida de consagración, o a Mamón, con codicia y apego a los bienes materiales?

COMPARTIENDO ESPERANZA

“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15, RVR1960).

El mensaje de Cristo resuena a través de los siglos, haciéndose eco de una llamada urgente a la acción: “Id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mat. 28:19, RVR1960). Este mandato, pronunciado por Jesús antes de ascender al cielo, no es solo una invitación, sino una responsabilidad que recae sobre cada uno de nosotros, sus seguidores. El mundo que nos rodea clama por esperanza, amor y salvación. Millones de personas viven en la oscuridad, ignorantes de la luz del evangelio y de la alegría de una relación personal con Cristo. Depende de nosotros, que hemos sido alcanzados por la gracia divina, llevar este mensaje transformador a todos los rincones de la tierra.

La misión no se limita a predicar desde los púlpitos o a evangelizar en grandes eventos. Se manifiesta en cada gesto de amabilidad, en cada palabra de aliento, en cada acto de servicio a nuestro prójimo. Es a través de nuestro testimonio personal, de nuestra vida transformada por el poder del Espíritu Santo, que podemos impactar al mundo y llevar a otros a Cristo. La pregunta que debemos hacernos es: ¿Cómo estamos respondiendo al llamado misionero? ¿Estamos dispuestos a salir de nuestra zona de confort, a romper las barreras culturales y lingüísticas, a invertir tiempo, recursos y talentos en la obra de Dios?

La misión no es una tarea fácil. Implica sacrificio, renuncia y, muchas veces, persecución. Sin embargo, la recompensa es incomparable: la alegría de ver vidas transformadas por el poder del evangelio, la certeza de cumplir el propósito de Dios para nuestra vida y la promesa de una herencia eterna en el cielo.

“Si el corazón de los hijos de Dios estuviese lleno de amor por Cristo; si cada miembro de la iglesia estuviese cabalmente imbuido de un espíritu de abnegación; si todos manifestasen cabal fervor, no faltarían fondos para las misiones. Nuestros recursos se multiplicarían; se abrirían mil puertas de utilidad, que nos invitarían a entrar por ellas” (*Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática*, p. 154).

Ahora reflexiona: ¿Cuál es nuestro papel en la misión de Dios? ¿Estamos dispuestos a ser misioneros en nuestra casa, en nuestro trabajo, en nuestra comunidad y en todo el mundo, compartiendo la esperanza y el amor de Cristo con quienes más lo necesitan?

MÁS ALLÁ DE LA VIDRIERA DEL CONSUMO

“No amen al mundo ni nada de lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

Vivimos en una sociedad que nos bombardea constantemente con mensajes que asocian la felicidad a la posesión de bienes materiales. La publicidad, las redes sociales y la cultura popular nos motivan a desear más, a consumir más y a buscar la satisfacción en cosas que son fugaces y efímeras.

Esta mentalidad consumista, que nos lleva a equiparar nuestra identidad y nuestro valor personal con lo que poseemos, crea una ilusión que nos aleja de la verdadera felicidad y nos impide experimentar la plenitud de la vida en Dios. Nos vemos persuadidos a gastar dinero que no tenemos, en cosas que no necesitamos, para impresionar a personas a las que no les importamos.

La vidriera del consumo nos seduce con promesas de alegría, éxito y aceptación. Sin embargo, tras esta brillante fachada se esconde una oscura realidad: insatisfacción constante, ansiedad, deudas y pérdida de valores esenciales.

El apóstol Juan nos advierte: “No amen al mundo ni nada de lo que hay en él.” Este mensaje nos desafía a cuestionar nuestras prioridades y evaluar si estamos permitiendo que el consumismo domine nuestra vida. Amar al mundo, en el sentido bíblico, significa aferrarse a los valores y placeres pasajeros que él ofrece. Significa buscar satisfacción en cosas que son efímeras y no pueden llenar el vacío de nuestra alma.

La verdadera felicidad no se encuentra en la posesión de bienes materiales, sino en la relación íntima con Dios, en el servicio al prójimo, en la práctica de la justicia y en la búsqueda de la verdad. Es cuando nos desprendemos de las cosas del mundo y nos entregamos a Dios que experimentamos la plenitud de la vida y encontramos el verdadero sentido de la existencia. “La influencia del amor al dinero sobre la mente humana es casi paralizadora. Las riquezas inatúan y hacen que muchos que las poseen obren como si estuviesen privados de razón” (*Consejos Sobre Mayordomía Cristiana*, p. 156).

Ahora reflexiona: ¿Estamos permitiendo que el consumismo domine nuestra vida? ¿Buscamos la felicidad en cosas pasajeras y efímeras o invertimos en valores eternos que nos acerquen a Dios y al prójimo?

UN CORAZÓN TRANSFORMADO

“Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos” (Juan 14:15).

Las palabras de Jesús en este versículo resuenan profundamente en nuestro corazón. La obediencia no es una carga pesada ni una obligación impuesta, sino una respuesta natural y espontánea a un amor que nos transforma por completo.

En un mundo en el que a menudo se relativiza la fidelidad y se rompen fácilmente los compromisos, el llamado a obedecer los mandamientos de Dios se vuelve aún más relevante. No se trata de una mera conformidad externa, sino de una transformación interior que nos lleva a desear cumplir la voluntad de Dios en todos los aspectos de nuestra vida.

La verdadera obediencia no nace del miedo o de la búsqueda de recompensas, sino de una profunda comprensión del amor incondicional que Dios nos tiene. Es cuando reconocemos su gracia y misericordia que somos capacitados a renunciar a nuestros propios deseos y seguir sus caminos. La fidelidad a Dios se manifiesta en nuestra vida cotidiana, en nuestras elecciones, en nuestras relaciones y en nuestras actitudes. Cuando somos honestos, justos, compasivos y cariñosos, demostramos nuestro amor a Dios y nuestro compromiso con su reino.

La obediencia no es un fin en sí misma; es un medio para un fin mayor: nuestra transformación a imagen de Cristo. Es a través de la obediencia que llegamos a ser más semejantes a él, reflejando su carácter en nuestras vidas e impactando en el mundo que nos rodea. “El Señor ve y entiende, y te empleará a pesar de tu debilidad, si ofreces tu talento como don consagrado a su servicio” (*Servicio Cristiano*, p. 128).

Cuando confiamos plenamente en el amor y el cuidado de Dios, somos capacitados para dedicarnos con entusiasmo y alegría a su obra. La obediencia, por tanto, no es un obstáculo para el servicio, sino un catalizador que nos impulsa a actuar en favor del reino de Dios.

Ahora reflexiona: ¿Obedezco los mandamientos de Dios por amor o por obligación? ¿He permitido que su amor transforme mi corazón y me capacite a vivir una vida de fidelidad y servicio?

UNA NUEVA MENTALIDAD

“No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar. Entonces aprenderán a conocer la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta” (Romanos 12:2, NTV).

La única manera de neutralizar una mentalidad dominada por los valores del mundo es aprender una nueva forma de pensar. Este cambio no es una mera alteración superficial de ideas o actitudes; es una transformación profunda, comparable a la metamorfosis de una oruga en mariposa. La palabra griega *metamorphoō* encapsula este cambio dramático, en el que nuestros valores terrenales y a menudo egoístas son sustituidos por valores inspirados por Dios, como la bondad, la generosidad, la compasión y el amor al prójimo.

Esta transformación no es algo que podamos lograr por nuestros propios esfuerzos. Es un proceso divino, algo que Dios realiza por nosotros y en nosotros a través de su Espíritu. Sin embargo, Pablo nos enseña que esta transformación no es opcional, sino un mandato. “Más bien dejen que Dios los transforme”, subraya con claridad y urgencia. Si realmente queremos ser discípulos de Dios y seguir sus caminos, la transformación es obligatoria; es un requisito fundamental.

Elena de White nos recuerda que: “La religión no está destinada a ser llevada simplemente como un manto en la casa de Dios; los principios religiosos deben caracterizar toda la vida” (*Mensajes para los Jóvenes*, p. 126). Así como la metamorfosis de la oruga lleva tiempo e implica un cambio completo de su forma, nuestra transformación espiritual es un proceso continuo de renovación de la mente y del corazón. Es un abandono constante de los valores mundanos que nos aprisionan y una búsqueda incesante de los valores divinos que nos liberan. Es un viaje diario de entrega y confianza en Dios.

Ahora reflexiona: ¿Estamos realmente dispuestos a abandonar nuestros valores terrenales, nuestros apegos materiales y nuestras ambiciones egoístas, y permitir que Dios nos transforme a su imagen? ¿Estamos abiertos a la metamorfosis divina que nos conduce a una nueva forma de pensar, sentir y actuar? ¿Estamos dispuestos a recorrer este camino de renovación mental, confiando en la gracia y el poder de Dios para transformarnos en criaturas nuevas?

CUANDO 90 ES MÁS QUE 100

“Traigan íntegro el diezmo a la tesorería del Templo [...]. Pruébenme en esto —dice el Señor de los Ejércitos—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

Hay momentos en los que todo parece estar bajo control. Las facturas pagadas, la salud estable, las relaciones en paz. Es fácil sentir que la ecuación de la vida está equilibrada. Pero ¿qué ocurre cuando los números no cuadran? ¿Cuándo el sueldo no cubre los gastos, la salud se derrumba y los planes se vienen abajo? Parece imposible imaginar que 90 puedan ser más que 100.

Dios, sin embargo, no se limita a nuestra lógica matemática. Él es el Dios de lo imposible, que convierte la escasez en abundancia y las tormentas en testimonios. Cuando todo escapa a nuestro control, es cuando su gracia se manifiesta con más poder.

En la Biblia encontramos historias que desafían nuestra razón: la viuda de Sarepta que, al compartir su última comida con el profeta Elías, vio que no se le acababa la harina ni el aceite (1 Rey. 17); los cinco panes y los dos peces que alimentaron a más de cinco mil personas (Mat. 14). En cada uno de estos relatos, vemos el poder de Dios transformando lo poco en mucho, la nada en algo, lo imposible en posible.

Cuando ponemos a Dios en la ecuación, todo cambia. La lógica humana se doblega ante la fe. Y se revela la verdad divina: menos con Dios es más que suficiente. Con él, la escasez se convierte en provisión y la limitación humana deja paso a lo sobrenatural.

La invitación del Señor en Malaquías 3:10 no es una exigencia, sino una oportunidad. Dice: “Pruébenme en esto”. Es un llamado a la confianza, a la entrega, a la fe que se atreve a creer que, con él, 90 pueden ser más que 100. “Cuando nos vemos en estrecheces, debemos confiar en Dios. En todo trance debemos buscar ayuda en aquel que tiene recursos infinitos” (*El Ministerio de Curación*, p. 31). Cuando confiamos en él de todo corazón, experimentamos la dulce seguridad de saber que estamos en manos de un Padre que nunca falla.

Ahora reflexiona: ¿Dónde está nuestra confianza? ¿En los números que vemos o en el Dios que todo lo puede? Que tengamos la fe suficiente para ponerlo en el centro de todas nuestras ecuaciones. Con Dios, lo imposible se hace realidad.

EL AMOR QUE MOLDEA NUESTRA VIDA

*“El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso
ni presumido ni orgulloso” (1 Corintios 13:4).*

La iglesia de Corinto era conocida por sus muchos problemas, desde la inmoralidad hasta las divisiones internas. En medio de este caos, Pablo señala un camino más elevado: el amor. Pero no cualquier amor. Habla de un amor que moldea nuestras palabras, nuestro conocimiento y nuestras acciones. ¿Cuántas veces nos justificamos por decir palabras duras en nombre de la sinceridad? Debemos recordar que el amor debe ser el filtro que utilicemos para comunicarnos con los demás. No basta tener razón o saber la verdad; el amor debe guiar nuestra forma de expresarnos.

Es esencial que el amor modele nuestra forma de hablar, porque la sinceridad sin amor puede herir y destruir. ¿Y qué decir de nuestras acciones? A menudo nos enorgullecemos de nuestros logros, de proveer para nuestra familia, de dar lo mejor de nosotros mismos. Sin embargo, el amor va más allá. “Se contemplará a Jesús y el amor hacia él constituirá el móvil continuo que dé fuerza vital a cada obligación asumida” (*Joyas de los Testimonios*, t. 2, p. 437).

El verdadero amor no es algo que nace en nosotros, sino que viene de Dios. Es un amor que se manifiesta en Jesús, que es paciente, bondadoso y nunca falla. Este amor no es un sentimiento pasajero, sino una fuerza constante que nos permite amar incluso cuando no nos sentimos amados. Es un amor que perdona, que comprende y que busca el bien del otro por encima de todo.

Es crucial reconocer que cometemos un error cuando buscamos el amor dentro de nosotros mismos. Al localizar el amor en nuestras propias capacidades y emociones, limitamos su alcance y su duración. El amor que transforma de verdad es el que trasciende nuestras limitaciones humanas, el que se origina en Dios y se manifiesta en nosotros a través del Espíritu Santo. Así pues, busquemos este amor en Dios, permitiéndole que nos capacite para amar como él ama, y seamos sus instrumentos, llevando esperanza y sanidad a quienes nos rodean.

Ahora reflexiona: ¿Cómo puede el amor de Dios transformar nuestra vida y nuestras relaciones?

UNA ALIANZA TRANSFORMADORA

“Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada” (Juan 15:5).

Muchos de nosotros entendemos que la mayordomía cristiana va más allá de los diezmos y las ofrendas, y que Dios es el verdadero dueño de todo lo que tenemos. Sin embargo, trasladar esta comprensión a la práctica diaria puede ser todo un reto. No somos meros empleados de Dios, sino verdaderos socios en su proyecto de salvación. A diferencia de las alianzas humanas, donde cada parte contribuye con algo de valor similar, Dios es quien lo proporciona todo: habilidades, recursos e incluso la vida. Depende de nosotros aceptar el privilegio de este llamado.

En el mundo, las alianzas suelen basarse en intercambios entre iguales, buscando equilibrio: alguien invierte, otro ejecuta; uno aporta recursos, otro conocimiento. Con Dios, no tenemos nada propio que realmente contribuya. Nuestro papel es aceptar su propuesta con humildad. Él nunca fuerza esta invitación. Un ejemplo de ello lo encontramos en los grandes personajes bíblicos: Noé solo pudo salvar a su familia porque caminó en comunión con Dios; Moisés liberó a todo un pueblo porque aceptó confiar en el Señor; Daniel se convirtió en profeta dejándose guiar. Pero el mayor modelo de esta conexión es Jesús. Él demostró una vida de perfecta comunión con el Padre, diciendo: “El Padre y yo somos uno” (Juan 10:30).

Esta unión es más que una simple colaboración; es una invitación a la intimidad. Somos llamados a aceptar, por fe, el honor de formar parte de la familia de Dios, amigos y colaboradores del Creador. Pero debemos dar un paso más: dejar que Dios transforme nuestros pensamientos, deseos y acciones para que su voluntad se convierta en nuestra alegría. “Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 621).

Ahora reflexiona: ¿Estoy simplemente cumpliendo con deberes religiosos o estoy aceptando el llamado de Dios a una alianza viva, real y transformadora en cada aspecto de mi vida?

EL MARAVILLOSO DON DE LA GRACIA

*“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe.
Esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios” (Efesios 2:8).*

Gracia: una palabra sencilla, pero con un significado profundo. Muchos la describen como un favor inmerecido, una bendición concedida incluso sin merecerla. Sin embargo, la verdadera comprensión de la gracia va más allá de las definiciones. No es permisividad barata, sino una expresión divina que solo es auténtica cuando transforma vidas.

Imagina que te para un policía por exceso de velocidad. Recibir la multa es justicia; pero si el policía paga tu multa, eso es gracia. La gracia de Dios es así: ofrece mucho más que perdón, mucho más de lo que se espera; entrega restauración y un nuevo camino. La cruz es la culminación de este amor: Jesús se entregó a sí mismo, mostrando que la gracia tiene un precio muy alto para Dios, pero se nos ofrece gratuitamente.

La gracia actúa en tres dimensiones: pasado, presente y futuro. En el pasado, nos recuerda el sacrificio de Cristo. En el presente, nos fortalece ante cualquier desafío, garantizándonos que, pase lo que pase, Dios ya nos ha dado lo que es necesario para seguir adelante. En el futuro, nos asegura esperanza y transformación, porque el Señor prometió completar la buena obra que ha comenzado en nosotros.

Aceptar la gracia es sencillo, pero profundo. Significa creer en el amor de Dios, confiar en su perdón y, aún más, dejarse moldear por ese regalo. No basta recibir; es esencial permitir que la gracia se traduzca en un cambio real. Esto sucede cuando, tocados por ese amor, somos llevados a actuar con gracia en relación con nuestro prójimo: perdonando, comprendiendo y ayudando. Solo así experimentamos plenamente la gracia: practicándola en la vida cotidiana, acercándonos a lo que Dios sueña para sus hijos. “El poder del amor de Cristo transformó su carácter. Tal es el seguro resultado de la unión con Jesús” (*El Camino a Cristo*, p. 73).

Esta transformación es continua. No termina con el tiempo, ni se limita al pasado; está disponible ahora, y siempre nos invita a buscar más a través de la oración, la fe y la entrega. Que esta gracia nos inspire a ser instrumentos de paz y de bondad dondequiera que estemos, y que el recuerdo de un favor tan grande nos una en humildad y esperanza.

Ahora reflexiona: ¿Hemos aceptado, vivido y compartido la maravillosa gracia de Dios?

ALEGRÍA CON DIOS

“Dile al pueblo de Israel que me traiga sus ofrendas sagradas. Acepta las contribuciones de todos los que tengan el corazón dispuesto a ofrendar” (Éxodo 25:2, NTV).

i Alguna vez te has sentido obligado a devolver el diezmo o la ofrenda, aunque no quisieras? A veces nuestra motivación para contribuir procede de sentimientos equivocados, como la culpa, el reconocimiento o las expectativas humanas. Sin embargo, la verdadera experiencia cristiana va más allá de estas razones superficiales; nace de una profunda relación de adoración, basada en la salvación proporcionada por Jesús.

Cuando comprendemos el sacrificio de Cristo en la cruz, la motivación para donar surge naturalmente de un corazón tocado por su amor. Solo a partir de esa experiencia de gracia y gratitud es que el acto de ofrendar comienza a tener sentido en nuestra vida espiritual. “Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. Él no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 74).

El contenido y la consecuencia de la salvación son preciosos: cuando aceptamos a Cristo, recibimos su Espíritu, su justicia y somos hechos nuevas criaturas (2 Cor. 5:17). La gracia transforma el corazón, y el resultado práctico es un auténtico discipulado, una vida de obediencia y entrega voluntaria. El Evangelio, la buena nueva del reino, no es una simple exigencia; es una invitación a una vida nueva que resulta de la gracia de Dios.

No podemos seguir siendo los mismos cuando Cristo habita en nosotros; inevitablemente viviremos con generosidad y alegría, reconociendo que todo le pertenece. Es esta gracia la que nos libera de todo sentido de obligación, sustituyéndolo por una respuesta espontánea y llena de alegría.

Cada día, se nos invita a reafirmar esta relación, aceptando el don de Dios y dejando que su Espíritu nos conduzca, incluso ante las luchas. De este modo, la obediencia deja de ser una carga y se convierte en una alegría.

Ahora reflexiona: ¿Devuelvo mis recursos al Señor por obligación o como expresión de un corazón renovado por su amor?

EL LLAMADO AL SACRIFICIO

“El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido” (Salmo 51:17).

Sacrificio es una palabra comúnmente escuchada en las iglesias, a menudo asociada con el dolor de renunciar a algo precioso. Pero bíblicamente, el sacrificio no es simplemente un acto de pérdida, sino de entrega; es una expresión de reconocimiento a Dios por lo que él es y por lo que nosotros somos ante él.

La historia de los hermanos Abel y Caín revela que Dios observa no solo lo que ofrecemos, sino con qué espíritu lo hacemos (Heb. 11:4). Abel, obediente y confiado, ofreció lo mejor; Caín, movido por el orgullo, se negó a seguir las instrucciones divinas. “El valor de la dádiva no se estima por el monto, sino por la proporción que se da y por el motivo que impulsa al dador” (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 275).

En el Edén, el primer sacrificio de animales señalaba la esperanza de la redención: un inocente murió para cubrir la vergüenza del pecador, prefigurando el sacrificio de Cristo (Gén. 3:21). La cruz es el cumplimiento de esta promesa: Cristo, el Cordero, sufrió para restaurar nuestra comunión. El misionero David Livingstone resume: “Nunca he hecho ningún sacrificio. No deberíamos hablar de eso cuando recordamos el gran sacrificio realizado por aquel que dejó el trono de su Padre en las alturas para entregarse por nosotros.”

El verdadero sacrificio cristiano no está en el dolor de dar, sino en el privilegio de devolver a Dios lo que ya es suyo, reconociéndolo como Redentor. Perder no es realmente pérdida, sino liberación. El mayor sacrificio es entregarse a Dios, muriendo cada día al pecado y naciendo a una vida de adoración (1 Cor. 15:31).

Vivir en sacrificio significa permitir que Dios guíe todos los aspectos de la vida. Se trata de una elección diaria: entregarle nuestros planes, deseos y anhelos, encontrando identidad y renovación al aceptar ser morada de su Espíritu (Efe. 3:17-19). Que el sacrificio supremo de Cristo nos conduzca a una entrega sincera, haciendo de nuestra vida una alabanza constante.

Ahora reflexiona: ¿Qué le he ofrecido a Dios? ¿Le he dado solo mis recursos o también mi corazón?

GENEROSIDAD: LA MARCA DEL CRISTIANO

“Y he sido un ejemplo constante de cómo pueden ayudar con trabajo y esfuerzo a los que están en necesidad. Deben recordar las palabras del Señor Jesús: ‘Hay más bendición en dar que en recibir’” (Hechos 20:35, NTV).

El libro de los Hechos nos recuerda las palabras de Jesús, que resuenan a lo largo de los siglos: “Hay más bendición en dar que en recibir”. Andy Stanley, en su libro *Cómo Ser Rico*, subraya que la generosidad de los cristianos del primer siglo era su sello distintivo. No tenían riquezas, edificios ni reconocimiento público. Sin embargo, crecieron e iluminaron al mundo con la verdad de Cristo resucitado, influyendo más que cualquier poder político o riqueza material.

Durante las plagas que asolaron las ciudades de la época, mientras muchos huían, los cristianos se quedaron para atender a los enfermos, arriesgando la propia vida. La historia de Pacomio, nacido en Tebas (Egipto) en 292 d.C., ilustra el impacto transformador de la generosidad. Reclutado a la fuerza en el ejército romano, él y otros prisioneros recibían comida por las noches, lo que los salvó del hambre. Sus benefactores eran seguidores de Jesucristo. Tras su liberación, Pacomio buscó a los cristianos, aprendió a amar a Jesús y se convirtió en un influyente líder del cristianismo. La generosidad lo alcanzó y le trajo salvación.

Tenemos la opción de vivir una vida de riesgo por la causa de Dios o una vida de comodidad sin responsabilidad. Sin embargo, solo aquellos que deciden vivir una vida de riesgo pueden verdaderamente ser llamados cristianos. El compromiso desarrolla una fe genuina, permitiéndonos ver la acción de Dios y experimentar milagros. “Pensad en esto, y considerad cuán poco estamos dispuestos a sacrificar por la salvación de las preciosas almas que nos rodean. No se exige de nosotros que salgamos de nuestro hogar en un viaje largo y tedioso, para salvar la vida de un mortal que perece. A nuestras propias puertas, por doquiera, en todo nuestro derredor, hay almas que salvar, almas que perecen” (*Servicio Cristiano*, p. 118).

Ahora reflexiona: ¿Cómo podemos manifestar generosidad en nuestra vida, arriesgándonos por la causa de Dios y mostrando amor al prójimo?

TESOROS VERDADEROS

“Porque donde esté su tesoro, allí estará también su corazón” (Lucas 12:34).

Vivimos en una época en la que el valor de las cosas y el deseo de poseer más y más acaban ocupando un lugar central en nuestro corazón. El dinero, necesario para satisfacer necesidades y sueños, acaba asumiendo un papel protagonista en la vida de muchos, marcando decisiones, prioridades e incluso relaciones. Jesús, sin embargo, nos llama a reflexionar sobre dónde está realmente nuestro verdadero tesoro y, en consecuencia, nuestros afectos y pasiones. La Biblia nos enseña que aquello que más valoramos guía nuestros pasos. ¿Cuántas veces nuestras preocupaciones están más conectadas con lo que poseemos que con lo que realmente somos?

El reto consiste en no permitir que la acumulación de bienes se convierta en nuestro objetivo final. Cuando hacemos de Dios el centro de nuestra vida, nos damos cuenta de que el dinero solamente vale cuando se utiliza con sabiduría y generosidad, como un instrumento en las manos del Señor para bendecir y servir. La satisfacción no se encuentra en las posesiones, sino en la confianza plena en aquel que suplente todas las necesidades de sus hijos. El acto de ayudar al prójimo revela una grandeza espiritual mucho mayor que cualquier riqueza terrenal.

La ansiedad por tener puede generar inquietud, insatisfacción y un vacío que ningún logro material puede llenar. En cambio, dar todo lo que tenemos al Señor, reconociéndolo como el verdadero dueño, trae paz y libertad. Utilizar nuestros recursos para amar, servir y glorificar a Dios revela quién ocupa realmente el trono del corazón. “Por cuantiosas o reducidas que sean las posesiones de una persona, ésta debe recordar que las ha recibido tan solo en calidad de depósito. Debe rendir cuenta a Dios de su fuerza, habilidad, tiempo, talento, oportunidades y recursos” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 24). Buscar la sencillez y la gratitud diariamente renueva nuestra fe y esperanza en las promesas divinas y nos da un corazón generoso, permitiéndole dirigir nuestras elecciones y transformar nuestras posesiones en bendiciones eternas.

Ahora reflexiona: ¿Dónde está nuestro verdadero tesoro y qué es lo que nuestro corazón busca por encima de todo?

EL PODER TRANSFORMADOR DEL EVANGELIO

*“Les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes”
(Ezequiel 36:26, NTV).*

El evangelio es más que un mensaje que hay que entender; es una propuesta de vida capaz de cambiar por completo al ser humano. En medio del ajetreo y de las incertidumbres, muchos buscan respuestas, valoran los debates y acumulan información. A veces sienten un vacío y una distancia de la verdadera paz y esperanza. Cristo, sin embargo, ofreció más que palabras; trajo restauración, cercanía a Dios y una nueva oportunidad a través de su gracia inagotable.

En algún momento todos hemos oído hablar de Jesús y de su sacrificio, hemos reflexionado sobre doctrinas y quizá incluso hayamos discutido de teología. Pero es fácil olvidar que no basta con tener una comprensión superficial del Evangelio: es necesario permitir que penetre y transforme la vida por completo. Ser mayordomo de esta buena nueva es ir más allá de la teoría. Es necesario dejar que Cristo transforme el corazón, renueve los sueños, sane las heridas y guíe cada pensamiento y decisión.

Este proceso comienza de dentro hacia fuera, cuando aceptamos la acción del Espíritu Santo y nos ponemos ante Dios con apertura y humildad. La transformación impulsada por la gracia rebosa a las relaciones, influyendo en las palabras, las reacciones y el modo en que vemos a las personas. En nuestras acciones cotidianas, somos llamados a mostrar perdón, comprensión y compasión. “Hay poder transformador en la religión de Jesucristo, y este poder debe manifestarse en nosotros por una humildad mucho mayor, por una fe viva y más ferviente, a fin de que lleguemos a ser una luz para el mundo” (*Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática*, p. 122). Solo quienes experimentan el Evangelio pueden transmitirlo auténticamente.

La mayordomía del Evangelio también se traduce en ser un instrumento de esperanza, incluso en tiempos difíciles. Vivir el Evangelio es creer que la gracia de Dios es suficiente, incluso frente a las limitaciones. Al permitir que el evangelio ocupe el centro de nuestra vida, experimentamos cambios profundos en nuestras prioridades. Valores que antes eran innegociables pasan a ser reconsiderados a la luz de Cristo, y los deseos egoístas dan lugar al interés por el prójimo.

Ahora reflexiona: ¿En qué áreas de mi vida aún necesito permitir que el Evangelio actúe plenamente?

LLAMADOS A SERVIR

“Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45).

La vida cristiana es esencialmente un llamado al servicio. Jesús, nuestro mayor ejemplo, hizo de toda su existencia un ministerio de dedicación al prójimo. Más que una simple obligación o deber, servir es vivir en sintonía con el corazón de Dios, respondiendo a su llamado a ser instrumentos de su gracia dondequiera que él nos envíe.

A menudo confundimos el ministerio con tareas o cargos que asumimos por necesidad o tradición. Sin embargo, el verdadero ministerio nace de un llamado personal, en que Dios nos capacita con dones específicos para cumplir la misión que pone en nuestras manos. No importa el tiempo dedicado a una función, sino la conciencia de estar sirviendo porque Dios nos lo ha ordenado, como colaboradores activos en su obra.

El Padre no solo nos llama, sino que también nos equipa. Los dones del Espíritu se conceden a cada persona según su voluntad, en beneficio de toda la comunidad. Descubrir y desarrollar estos dones forma parte del proceso de conocer nuestro propósito y experimentar el privilegio de formar parte del plan divino. Cuando actuamos dentro de los dones que recibimos, el servicio se convierte en fuente de alegría y crecimiento, porque somos canales vivos del amor de Dios.

Por encima de todo, Jesús prometió su presencia a cada paso: “Estoy con ustedes siempre” (Mat. 28:20, NTV). La conciencia de esta compañía transforma incluso las tareas más sencillas en adoración. El secreto de un ministerio fructífero reside en vivir en la presencia de Cristo, permitiendo que su gracia alcance a otros a través de nuestras acciones.

Al servir, recordemos siempre: “Cuando sus discípulos estén relacionados con él, y cuando estén en posesión de los dones del Espíritu, aún el más pobre e ignorante de entre ellos tendrá poder para impresionar los corazones. Dios los convierte en canales por intermedio del cual actúa la más elevada influencia del universo” (*Recibiréis Poder*, p. 309).

Ahora reflexiona: ¿Estoy dispuesto a asociarme con Jesús, permitiendo que mi vida sea un instrumento de su amor y gracia en el mundo? Que no seamos meros espectadores, sino participantes activos del ministerio que transforma vidas.

EL VALOR DEL TIEMPO ANTE DIOS

“Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios, sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos”

(Efesios 5:15, 16).

Vivir consiste en administrar el tiempo que Dios nos concede. Cada día, tomamos decisiones sobre cómo ocupar las horas disponibles. Algunos sienten que el tiempo se les escapa de las manos, otros consiguen organizarlo con más propósito. No es la cantidad de tiempo lo que marca la diferencia, sino la prioridad que damos a Dios en nuestra rutina.

El tiempo es el recurso más democrático: todos reciben 24 horas al día. Sin embargo, la forma en que lo utilizamos revela nuestros verdaderos valores y motivaciones. Dios, como Creador, quiere participar activamente en cada minuto de nuestro tiempo. “Cuando la obra del Espíritu de Dios se sienta en el corazón, veremos a muchos buscar fervientemente ante todo el reino de Dios y su justicia” (*Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática*, p. 73).

El sábado es un regalo especial de Dios para recordar que él es el Señor del tiempo. Reservar un día para adorar, dar gracias y descansar nos ayuda a situar al Creador en el centro de nuestra existencia. Este tiempo sagrado reordena las prioridades y refuerza la fe, los lazos familiares y la comunión con los demás.

Además del sábado, dedicar cada día un tiempo especial al Señor transforma nuestra jornada espiritual. Ya sea por la mañana, por la tarde o por la noche, lo importante es entregar a Dios nuestras mejores horas, escuchar su voz y buscar dirección para cada decisión.

Buscar el equilibrio es esencial. Cuando nos centramos solo en un área, otras pueden ser ignoradas. Dios nos invita a confiar en él, e integrar nuestros propósitos, agendas y sueños con su voluntad. En oración, podemos pedirle que nos ayude a reconocer lo que debemos ajustar en nuestros horarios y prioridades. El Señor desea que cada aspecto de nuestra rutina refleje su gracia y dirección. El uso consciente e intencionado de cada momento revela madurez, sabiduría y gratitud.

El tiempo perdido no se puede recuperar, pero cada nuevo día es una oportunidad para empezar de nuevo. Ofrezca cada tarea al Señor y permita que él transforme cada actividad en alabanza y adoración.

Ahora reflexionemos: ¿Cómo hemos aprovechado el tiempo que Dios nos ha dado? Entreguemos cada minuto a él y dejemos que nuestra vida esté marcada por la presencia del Señor en cada momento.

EL SUEÑO DE DIOS PARA LAS RELACIONES

“Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

Dios sueña con ver a sus hijos viviendo en verdadera comunión, donde el amor sea la base de toda relación. Su plan va más allá de asistir a una iglesia o cumplir con ceremonias religiosas. El propósito divino es que, en Cristo, cada persona sea integrada en una gran familia espiritual, experimentando la unidad y la armonía incluso en la diversidad de dones, historias y personalidades. Somos llamados a reflejar este amor en el hogar, en la comunidad de fe y en el mundo, viviendo como expresión viva de la gracia del Señor.

Esta unidad, sin embargo, no es algo que alcancemos por nuestro propio esfuerzo, sino una realidad concedida por Cristo. En Jesús, recibimos una nueva identidad y, al aceptarlo, pasamos a formar parte de la “familia de Dios”, en la que todos tienen valor y papel importante. No es posible amar verdaderamente a Dios y vivir aislado, porque el amor se revela en las relaciones. Dios desea restaurar nuestra manera de ver y tratar al otro, sustituyendo la indiferencia por la aceptación y la crítica por la compasión.

En la rutina, es fácil ceder al individualismo, levantando muros por miedo u orgullo. Pero Jesús nos desafía a derribar barreras y construir puentes: amistades verdaderas, respeto mutuo, disposición para escuchar, servir y perdonar, independientemente de las diferencias. En la cruz, Cristo reveló el valor de cada ser humano. Por eso se nos invita cada día a ver a todos como él los ve.

Elena de White nos instruye: “De este modo Cristo les enseñó que debían ayudarse unos a otros. En vez de buscar el lugar más alto para sí mismo, cada uno debe estar dispuesto a servir a sus hermanos. El Salvador vino al mundo para trabajar por los demás. Vivió para ayudar y salvar a los que estaban en necesidad y en pecado. Desea que nosotros hagamos lo mismo. Los discípulos se sentían ahora avergonzados de sus celos y egoísmo y sus corazones se llenaron de amor por su Señor y por los demás. Ahora podían prestar oído a la enseñanza de Cristo” (*La Única Esperanza*, p. 89). Siguiendo su ejemplo, nos convertimos en instrumentos del sueño de Dios de transformar las relaciones.

Ahora reflexiona: ¿Estamos dispuestos a vivir este sueño divino en nuestras relaciones?

LA VERDADERA RIQUEZA

“A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios” (1 Timoteo 6:17).

Desde Haití, considerado uno de los países más pobres del mundo, nos llega la conmovedora historia de Edmund. Su iglesia organizaba un festival de Acción de Gracias, y se invitó a cada miembro a llevar una ofrenda de amor. Aunque no estuvo presente, Edmund envió su ofrenda: 13 dólares, el equivalente a tres meses de sueldo en Haití. Cuando recibió la visita de un misionero, se supo que Edmund había vendido su caballo para conseguir el dinero. Cuando le preguntaron por qué no había ido al festival, respondió en voz baja: “No tenía una camisa para vestir.”

Edmund comprendía profundamente que todo pertenece a Dios, como afirma el Salmo 24:1. Su entrega no era solo material, sino de corazón, de vida, de fe. La mayordomía cristiana no consiste solo en devolver los diezmos y las ofrendas, sino en vivir una vida que reconoce a Dios como dueño de todo. El testimonio de Edmund se repite en otras historias, como la de Meropi Gjika, una mujer albanesa que, con una pensión de apenas cuatro dólares al mes, guardó fielmente su diezmo hasta que pudo devolverlo y ser bautizada después de esperar casi 50 años.

Vivimos en una cultura que valora la acumulación. Desde pequeños aprendemos a decir “mío”, incluso sobre cosas que no nos pertenecen. Pero Jesús nos enseñó algo diferente: “La vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes” (Luc. 12:15). Y, como observó Elena de White, “La riqueza acumulada no solo es inútil, sino que también es una maldición. En esta vida es una trampa para el alma porque aleja los afectos del tesoro celestial” (*Consejos Sobre Mayordomía Cristiana*, p. 163). Cuando ponemos nuestra esperanza en las posesiones, perdemos de vista lo que realmente importa. El apóstol Pablo aconseja: “sean ricos en buenas obras, generosos y dispuestos a compartir lo que tienen” (1 Tim. 6:18).

Ahora reflexiona: ¿Qué motivó la entrega total de Edmund y Meropi Gjika? ¿Qué tal renovar nuestro compromiso con Dios y dejar que nos enseñe a vivir con gratitud, generosidad y satisfacción, reconociendo que la verdadera riqueza reside en ser enteramente suyos?

LA SAGRADA TAREA DE CUIDAR

“Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara” (Génesis 2:15).

Al contemplar la majestuosa inmensidad del cielo estrellado, la intrincada y delicada red de la vida en un ecosistema, la vibrante belleza de una sola flor silvestre o el concierto matutino de los pájaros, somos confrontados con la inconfundible firma del Artista Divino. Este mundo extraordinario no es fruto de la casualidad, sino una galería viviente que expresa el amor infinito, el poder creador y la sabiduría insondable de Dios. Desde el principio, él nos confió este planeta no como propietarios con libertad ilimitada, sino como celosos cuidadores, jardineros investidos con la sagrada tarea de cultivar, desarrollar y proteger activamente su maravillosa creación.

Por desgracia, la mancha del pecado distorsionó profundamente esta relación primordial. Con demasiada facilidad, olvidamos nuestra condición de meros administradores, mayordomos que un día rendirán cuentas detalladas al verdadero y único dueño de todas las cosas. Así pues, cuidar de la creación va más allá de una preocupación ecológica o social; es, en esencia, una cuestión espiritual. Es un acto de auténtica adoración, un reconocimiento práctico de la soberanía de Dios y una demostración tangible de nuestro amor y gratitud por sus innumerables bendiciones.

Recuperar esta responsabilidad fundamental requiere una conversión del corazón y de la mente. Necesitamos urgentemente redescubrir y abrazar el propósito original para el que fuimos colocados en este planeta. Como nos recuerda tiernamente Elena de White, “Dios quiere que sus hijos aprecien sus obras y se deleiten en la sencilla y tranquila hermosura con que él ha adornado nuestra morada terrenal” (*El Camino a Cristo*, p. 84). Aunque no podemos resolver por nuestra cuenta los complejos desafíos ambientales globales, podemos y debemos ser fieles en la porción específica de la creación que Dios ha puesto a nuestro cuidado directo: nuestro hogar, nuestra comunidad, nuestra esfera de influencia.

Ahora reflexiona: ¿Hemos actuado como celosos guardianes de la tierra, reflejando el carácter amoroso, cuidadoso y proveedor de nuestro Dios? ¿Somos un testimonio vivo de su amor redentor que alcanza a toda la creación?

GRACIA REVELADA

“Al que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre, ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén” (Apocalipsis 1:5, 6).

El libro del Apocalipsis nos revela a Jesucristo a través de atributos que resuenan la profundidad de su amor y poder. él es el “Testigo Fiel”, nos conoce íntimamente, sabe nuestras debilidades y anhelos más profundos. A pesar de ello, nos ama con un amor que persiste, que no se agota. Este amor es el primer don de la gracia, un don inmerecido que nos envuelve y nos transforma.

Cristo es también el “Primogénito de entre los muertos”, el primero que venció a la muerte, ofreciéndonos la esperanza de la vida eterna. En su sangre somos lavados de nuestros pecados, liberados del pasado y capacitados para vivir un presente de paz y un futuro lleno de esperanza. Esta liberación es completa, definitiva, un acto de amor que trasciende el tiempo.

Y finalmente, él es el “Soberano de los reyes de la tierra”, aquel que tiene todo poder y autoridad. En su gracia, nos hace reyes y sacerdotes, concediéndonos un lugar en su reino celestial. Él nos ve no como somos, sino como estamos llamados a ser, revestidos de dignidad y propósito.

Esta triple oferta de gracia —amor incondicional, liberación completa y un llamado real— nos invita a una vida de entrega y servicio. No somos simples receptores pasivos del amor divino, sino agentes activos de su reino, llamados a reflejar su luz y compartir su gracia con el mundo que nos rodea. Elena de White nos recuerda: “El amor de Cristo en el alma se revelará en palabras y acciones. El reino de Cristo ocupará el lugar más destacado. Se colocará el yo como sacrificio voluntario sobre el altar de Dios” (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, p. 59).

Que la comprensión de estos atributos y dones de la gracia nos inspire a vivir con gratitud, a amar como hemos sido amados y a servir con alegría.

Ahora reflexiona: ¿De qué manera la fidelidad de Cristo, su victoria sobre la muerte y su poder soberano revelan la profundidad del amor de Dios? ¿De qué manera la comprensión de estos atributos nos capacita a vivir como reyes y sacerdotes en su reino?

HERMANDAD QUE CONECTA CORAZONES

“Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en Jesús, estaba en la isla de Patmos” (Apocalipsis 1:9).

Vivimos en una época en la que la proximidad física no garantiza la conexión emocional ni espiritual. Muchos se reúnen en iglesias llenas de gente, pero se sienten solos, invisibles, desconectados. Hay una diferencia entre estar juntos y formar parte de algo. Juan, el apóstol exiliado en Patmos, no se presenta como alguien de posición o autoridad. Se define como hermano y compañero, un igual. Su vínculo con los demás cristianos no se basa en títulos, sino en experiencias compartidas: el sufrimiento, la esperanza en el reino y la perseverancia en Cristo Jesús.

Nos llamamos “hermano” y “hermana” en los pasillos de la iglesia, pero ¿comprendemos la profundidad de esta palabra? La verdadera hermandad requiere algo más que un saludo. Requiere caminar juntos, sufrir juntos, esperar juntos, orar juntos. Juan no era un hermano de nombre; era un hermano de viaje.

Hoy en día, la iglesia corre el peligro de convertirse en una multitud sin comunión real. Es posible asistir a los cultos durante años y nunca llegar a conocer realmente a quienes se sientan a nuestro lado. El vínculo que une al pueblo de Dios debe ser más profundo. Debe ir más allá de los muros y las formalidades. Debe basarse en experiencias comunes con Cristo.

Elena de White refuerza esta verdad cuando escribe: “Aquellos que dedican sus vidas al ministerio cristiano conocen el significado de la verdadera felicidad. Sus intereses y sus oraciones alcanzan hasta más allá de sí mismos. Crecen mientras tratan de ayudar a otros” (*Servicio Cristiano*, p. 331).

Ser hermano es compartir la fe, el dolor y la esperanza. Significa estar presente. Es no dejar que el otro camine solo. Que seamos algo más que agregados en un espacio de culto. Que seamos una familia, un cuerpo, una iglesia viva. La verdadera iglesia se construye sobre lazos que soportan el peso de la vida. No se trata de afinidades sociales, sino de unidad en el Espíritu. Esta comunión transforma las reuniones en encuentros de sanidad y restauración. Recuerda: no hay evangelio sin comunidad.

Ahora reflexiona: ¿Somos realmente hermanos y hermanas en Cristo o solo conocidos que se ven los sábados?

POR CAUSA DE LA PALABRA DE DIOS

“Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús” (Apocalipsis 1:9).

El encarcelamiento de Juan en la isla de Patmos no era, a los ojos del cielo, un exilio impuesto por un emperador cruel. Era un llamado divino, una misión sellada con fidelidad. No vio su sufrimiento como obra de Domiciano, sino como consecuencia de su entrega total al reino de Dios. Juan contemplaba el propósito de Dios incluso en su dolor. Esta visión lo cambia todo.

¿Cuántas veces interpretamos nuestras pérdidas y pruebas como injusticias humanas, sin darnos cuenta de que, desde la perspectiva del cielo, son testimonios vivos de fidelidad? Cuando somos fieles a la Palabra de Dios, incluso frente a la oposición, no somos víctimas de la casualidad, sino testigos del reino.

La perseverancia que menciona Juan no es resignación pasiva. Es una paciencia activa y decidida que transforma las derrotas aparentes en victorias espirituales. Esta perseverancia es fruto de la tribulación, como enseña Pablo: “el sufrimiento produce perseverancia” (Rom. 5:3). Esto significa que cuando pedimos paciencia, también estamos pidiendo oportunidades para que ella sea formada, y esas oportunidades suelen venir en forma de pruebas. Dios no desperdicia el sufrimiento; cada lágrima siembra semillas de fidelidad. Y la madurez espiritual florece en la tierra de las dificultades bien afrontadas.

Perder un empleo por no transgredir los principios, ser ridiculizado por defender la verdad o no hacer un examen por guardar el sábado... todo eso, a la luz del Apocalipsis, no es pérdida; es honor. No es consecuencia de la maldad humana; es prueba del compromiso con el cielo.

Elena de White escribió: “Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 16). Si Cristo sufrió por nosotros, ¿por qué sorprendernos cuando el sufrimiento llama a nuestra puerta como parte del camino con él?

Ahora reflexiona: ¿Cuál es el valor de una vida entregada a la Palabra de Dios? ¿Cuál es el precio de la fidelidad?

VENCIENDO POR EL TESTIMONIO

“Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio; no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte” (Apocalipsis 12:11).

Existe un arma poderosa que Dios ha confiado a cada uno de nosotros: el testimonio personal. No importa lo elocuentes que sean tus palabras o lo profundo que sea tu conocimiento teológico. Una vida transformada por Jesús habla más alto que cualquier argumento. Cuando alguien encuentra al Salvador y es liberado de la culpa, del miedo, de la vanidad o del egoísmo, esa experiencia se convierte en una prueba viviente del poder de Dios. Es imposible argumentar en contra de una vida que ha sido verdaderamente cambiada.

El testimonio es más que una narración sobre el pasado; es una proclamación viva de lo que Cristo está haciendo en nosotros ahora. No se centra en nosotros, sino en Jesús: en lo que hizo, está haciendo y hará. Según el escritor John Stott, “testimonio no es sinónimo de autobiografía. Cuando testificamos de verdad, no hablamos de nosotros mismos, sino de Cristo.”

Compartir cómo Cristo nos alcanzó, perdonó y renovó es una de las formas más eficaces de tocar el corazón de las personas. Tal vez no estén de acuerdo con nuestras doctrinas, pero no pueden ignorar una vida transformada.

Cuando contamos cómo la gracia de Dios nos liberó de las cadenas de la culpa y nos dio paz, mostramos al mundo que hay esperanza. Así como un anuncio de “antes y después” llama la atención al mostrar resultados reales, nuestro testimonio muestra la diferencia radical entre la vida sin Cristo y la vida con él. La gente se identifica con nuestras luchas y se inspira en nuestras victorias. “Debemos reconocer su gracia como fue dada a conocer por los santos de antaño; pero lo que será más eficaz es el testimonio de nuestra propia experiencia” (*Servicio Cristiano*, p. 22). Esta misión no es solo una opción para los fuertes en la fe, sino un llamado a todos los que han sido alcanzados por el amor del Salvador.

La sangre del Cordero ya fue derramada. Nuestra parte ahora es testificar. No esperes a estar “preparado”. Dios usa a personas quebrantadas, humildes y dispuestas.

Ahora reflexiona: ¿Qué ha hecho Jesús en mi vida que podría compartir con alguien hoy?

¿A QUIÉN ADORAMOS Y SERVIMOS?

*“No le daré mi gloria a nadie más, ni compartiré mi alabanza
con ídolos tallados” (Isaías 42:8, NTV).*

En un mundo donde el egoísmo a menudo dicta el rumbo, somos constantemente desafiados a discernir a quién dedicaremos nuestra adoración y servicio. La Palabra de Dios nos recuerda que solo Jesucristo es digno de nuestra completa devoción. Él no comparte su gloria con nadie. La historia de Lucifer, que codició la adoración reservada a Dios, nos advierte acerca de los peligros del orgullo y de la búsqueda por exaltación propia.

La caída de nuestros primeros padres, seducidos por la promesa de ser como Dios, demuestra cómo la tentación de anteponer nuestros deseos a la voluntad de Dios puede alejarnos del Creador. El pecado creó un abismo entre nosotros y Dios, dando como resultado el egoísmo, el orgullo y la soberbia: raíz de muchos de nuestros males. El egoísmo nos lleva a apropiarnos de la vida que Dios nos ha prestado, viviendo según nuestros gustos y preferencias. Dios deja de ser el centro de nuestra adoración y pasamos a adorarnos a nosotros mismos. Sin embargo, Dios, en su infinito amor, nos ha proporcionado una solución: Jesucristo.

El amor de Dios se demuestra en Juan 3:16, donde leemos que “tanto amó Dios al mundo que dio a su único Hijo.” Mientras que el egoísmo lo quiere todo para sí, el amor lo da todo. Dios entregó lo más precioso que tenía. Es imposible que superemos el egoísmo por nuestros propios esfuerzos. Tras la entrada del pecado, el ser humano se convirtió en víctima de su propio egoísmo. El carácter de Dios, que antes se reflejaba en nuestra vida, se deformó. Por mucho que intentemos cambiar esta situación por nuestra cuenta, no podremos hacerlo. Jesucristo es la única persona que puede resolver el problema del egoísmo. Como nos recuerda Elena de White: “Es imposible que escapemos por nosotros mismos del hoyo de pecado en el que estamos sumidos. Nuestro corazón es malo, y no lo podemos cambiar. [...] Debe haber un poder que obre desde el interior, una vida nueva de lo alto, antes que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo” (El Camino a Cristo, p. 18).

Ahora reflexiona: ¿A quién estamos adorando y sirviendo? ¿Permitimos que el egoísmo nos aleje de Dios o buscamos la transformación que solo Cristo puede ofrecernos?

VICTORIA EN CRISTO

“Al que salga vencedor le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

El cielo no se promete a los indiferentes, sino a los victoriosos. El camino cristiano se describe en la Biblia como un viaje de perseverancia y superación, una batalla espiritual en la que somos llamados a mantenernos firmes hasta el final. Vencer no consiste en alcanzar la perfección inmediata, sino en confiar cada día en el poder de Cristo para sostenernos y transformarnos. La victoria que él ofrece es continua, se renueva con cada nuevo amanecer y está disponible incluso para el más débil de los creyentes.

La palabra griega *nikaō*, traducida como “vencer”, revela la naturaleza de esta victoria: constante, progresiva e ininterrumpida. Es un llamado a la fidelidad diaria, a la dependencia continua de Cristo. Vencer no es un evento aislado, sino una decisión renovada de confiar y seguir, incluso ante las luchas. Cada día, somos invitados a renovar nuestra alianza con aquel que venció por nosotros.

Es curioso observar que en los mensajes a las siete iglesias del Apocalipsis, cuanto más débil espiritualmente es la iglesia, más promesas recibe. Esto revela la abundante gracia de Dios, que se manifiesta aún más intensamente cuando nuestras fuerzas se agotan. La iglesia de Laodicea, aunque descrita como tibia y ciega, recibe la promesa más elevada: sentarse con Cristo en su trono. Esto no apunta al mérito humano, sino al poder transformador de la gracia divina. “La gracia de Cristo basta para vencer al pecado y desvanecer las tinieblas. Al entrar en comunión con el Salvador entramos en la región de la paz” (*El Ministerio de Curación*, p. 193). Esta victoria no es nuestra; es de Cristo, en nosotros y por nosotros.

No es la ausencia de luchas lo que define la victoria, sino la persistencia en confiar. Cada debilidad puede convertirse en una oportunidad para experimentar la fuerza divina. Cristo no busca campeones seguros de sí mismos, sino corazones rendidos que se aferren a su promesa y no se rindan. La verdadera victoria no reside en nuestra fuerza, sino en la dependencia total del Salvador. Así que no importa lo débil que te sientas hoy, el poder de Dios está disponible para darte la victoria.

Ahora reflexiona: ¿He buscado diariamente esta victoria en Cristo? ¿Me ha llevado mi debilidad a depender de su gracia?

EL PODER DE LA ADORACIÓN

*“Alabad a Jehová, porque él es bueno,
porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1, RVR1960).*

Alabamos con gratitud las bendiciones de cada día, pero adorar a Dios va más allá de un simple agradecimiento. Adorar es reconocer, de todo corazón, quién es Dios y qué representa en nuestra vida. La adoración nos aleja de nosotros mismos, quita el foco del “yo” y lo dirige al “él”, abriendo espacio para contemplar la majestad, el amor y el poder de nuestro Creador.

En el contexto navideño, somos invitados a recordar de manera especial el inmenso amor de Dios revelado en el nacimiento de Jesús. La Navidad celebra la venida del Salvador al mundo: Dios se hizo hombre, nació humildemente en un pesebre para ofrecer la salvación a la humanidad. En este tiempo, nuestro corazón debe llenarse aún más de adoración al contemplar este gesto supremo de amor y de gracia. La verdadera alabanza brota de un corazón rendido, que contempla las maravillas del Señor no solo por lo que hace, sino principalmente por quien él es: el Dios que se hizo presente entre nosotros para redimirnos.

Es en la adoración donde nos transformamos. Cuando recordamos al Dios encarnado, Emmanuel, Dios con nosotros, nuestro corazón se llena de esperanza, paz y confianza. La alabanza abre la puerta para que el Espíritu Santo moldee nuestro carácter, dándonos fuerza para afrontar los retos y renovar nuestra fe cada día. Elena de White nos recuerda: “Nada tiende más a fomentar la salud del cuerpo y del alma que un espíritu de agradecimiento y alabanza” (*El Ministerio de Curación*, p. 194).

Así pues, la adoración debe cultivarse. Esta Navidad, reserva momentos para contemplar el carácter de Dios, declara en oración su santidad, canta alabanzas y permite que cada gesto de su vida sea un acto de reverencia y entrega. Practicar la adoración cambia nuestra perspectiva, nos ayuda a ver a Dios en los detalles y a reconocerlo como Señor de todo. Que nuestro corazón se llene de alabanza y gratitud, dejando la adoración transformar nuestra vida en un testimonio vivo del amor y la gloria del Padre. Decide hoy buscar más a Dios en el próximo año y prepárate para su pronto regreso en gloria.

Ahora reflexiona: ¿ Realmente hemos dedicado tiempo para adorar a Dios por quién él es?